

La Ilustración Artística



Año XXXIII

BARCELONA 15 DE JUNIO DE 1914

Núm. 1.694

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



ANTE EL ESPEJO, cuadro de Plaza Ferrand
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la serie del presente año, que será

LA MUJER Y EL TRABAJO

obra notabilísima de la escritora inglesa Oliva Schréiner, en la que puede decirse está la esencia del movimiento feminista, la condensación de las aspiraciones, de las esperanzas y de los derechos de la mujer. La obra irá profusamente ilustrada.

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Rincones de España. El patio de los Naranjos de Córdoba*, por José Pablo Rivas. - *Alberto de Keller. - Trabajos de ciegos. - Londres. Exposición Hispano-inglesa de Turismo. - Mr. Roosevelt en Madrid. - La Conferencia de Niágara Falls. - Madrid. La boda de Mr. Kermit Roosevelt. - Ilustrísimo Dr. Francisco de Pol. - Gabriel Ferrer. - El cardenal Guisasaola en Madrid. - Selma Lagerlof. - La victoria (novela ilustrada; continuación). - Roma. Consistorio público. - Barcelona. Fiesta de caridad. - Libros. - El naufragio del «Empress of Ireland».*

Grabados. - *Ante el espejo*, cuadro de Plaza Ferrand. - *Notas de Córjoba, París, Londres, Madrid, Niágara Falls, Roma, Barcelona y Quebec. - Retrato de señora; La dama del velo*, cuadros de Alberto de Keller. - *Cardo si'vestre*, cuadro de G. V. Alberti. - *Descanso*, escultura de Rafael Belliazzi. - *La costurera de la aldea*, cuadro de la señorita Vallayot Moutet.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Esas postrimerías del año civil o académico que son los meses de mayo y junio, siempre suelen tener en Barcelona manifestaciones de importante vitalidad, como que se van dejando para lo último proyectos e iniciativas de costosa organización y, cuando llegan esos días, se apresura todo el mundo a vaciar el saco, a liquidar sus cuentas pendientes y a desembarazarse de obstáculos para el próximo veraneo.

Así ocurrió este año, como ocurrió en los anteriores, debiendo registrar en primer término, entre esas solemnidades por largo tiempo anunciadas y diferidas, la solemne inauguración oficial del Instituto de Estudios Catalanes y de la Biblioteca de Cataluña. El Instituto de Estudios Catalanes fué fundado en 1907, con una sola sección que fué entonces la de Historia y Arqueología. Posteriormente se le aumentaron dos secciones más: la de Ciencias y la de Lengua catalana. Su creación, como se sabe, fué debida a la Diputación provincial de Barcelona, y funciona bajo el patronato de la misma y del Ayuntamiento de esta ciudad, corporaciones entrambas que subvencionan dicho Instituto, asegurando su vida económica, y han costado además la naciente Biblioteca de Cataluña.

Esta Biblioteca, cuyo proyecto se remonta a los primeros días de funcionar el Instituto como simple sección de Historia y que, ya entonces, empezó a tomar cuerpo con adquisiciones tan importantes como la del fondo Aguiló, cuenta en la actualidad con unos 47.000 volúmenes y unos 600 manuscritos, casi todos de gran interés para la antigua literatura catalana, siendo muchos también los incunables y libros raros y curiosos del primer período de la imprenta que enriquecen la colección y la completan en la especialidad indicada.

La Biblioteca de Cataluña, cuyo concepto se ha ido ampliando y desenvolviendo a medida de su realización, y ha ensanchado sus propósitos primitivos, podemos decir que responde ahora a un triple objeto: reunión de todos los elementos históricos y literarios concernientes al llamado «período nacional» de la antigua cultura catalana, o sean códices originales, transcripciones manuscritas o en fotocopia de los que están esparcidos en otros depósitos y no es posible reintegrar a Cataluña, ediciones *princeps* de los que se imprimieron, cartas geográficas y portulanos, de suerte que, en su original, o impresa, o reproducida por cualquier suerte de procedimiento gráfico, llegue a protocolizarse allí la producción íntegra del genio catalán en los tiempos anteriores al actual Renacimiento, y, también, como auxiliar y complemento de esta parte, la producción correspondiente a este último período.

Segundo objeto: biblioteca de estudio para la especialidad de cada una de las secciones del Instituto, o dígame, instrumentos de trabajo para la diversidad de investigaciones y disciplinas sobre las cuales recae su actividad, teniendo en cuenta para este objeto, la especialización en estudios superiores y la tendencia a lo inédito, nuevo y desconocido.

Y, por último, un tercer objeto que es el que surgió más tarde: una biblioteca de carácter general y enciclopédico, de uso público - también lo son las anteriores - o por mejor decir de aplicación general y pública que, puesto que se constituía de una vez, con donativos de gran importancia y no lentamente, por aluvión y mediante pequeñas cantidades anuas,

ha podido recoger lo más reciente en todos los órdenes o lo más depurado y consagrado de aquellos otros libros que no envejecen del todo a pesar de no ser de ahora.

A esa norma de carácter intelectual ha correspondido una instalación material adecuada y brillante, que vino a hacer posible una dichosa coyuntura: el traslado definitivo de la Audiencia, instalada por dos centurias como es sabido en el antiguo Palacio de la Generalidad, al nuevo Palacio de Justicia, con lo que vino a quedar libre una gran parte del primero y la Diputación pudo destinarlo al Instituto, a sus dependencias, a la Biblioteca y a la colocación del archivo del Real Patrimonio que se le ha cedido, previa la restauración general de aquel edificio, magno y glorioso, restituído a su función y objetivo de antaño.

Al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solían ir, reza un arcaico refrán castellano. Y, en efecto: al cabo de dos siglos cabales de interdicción, de desuso, de abandono; cuando el cauce de las añejas franquicias parecía ya cegado y obstruido para siempre, las aguas vuelven a discurrir por él, se desbroza de malezas y escombros el antiguo lecho; se perfilan y recorren sus líneas medio borradas y la débil corriente avanza poco a poco, volviendo a tomar posesión de su terreno y a seguir la casi olvidada línea.

Porque bien merecen señalarse y acoplarse esas dos fechas: 1714-1914. El 11 de septiembre de 1714 caía desmoronado, al parecer para no rehacerse nunca más, nuestro régimen de autonomía. La bandera de las libertades locales arrióse en Barcelona, en Valencia, en Mallorca y empezaron para ellas los años del absolutismo monárquico, de la uniformidad y de la centralización. Pero a la cuenta, todo eso que había caído y que se creyó sepultar para siempre no era cosa tan muerta como parecía; y los incendios del bombardeo, las cenizas de la devastación, los escombros de las demoliciones guardaron un sagrado rescoldo e incubaron el fénix, pronto a resurgir.

Doscientos años después, en 1914, tras un período de agitaciones peligrosas, de incesantes porfias, y, por último, de transacciones mutuas, bajo el nombre de Mancomunidad de Cataluña, ha vuelto a aparecer legalmente, oficialmente, la sombra, ya que no toda la realidad corpórea de aquella vasta construcción. Y como símbolo de tal reconocimiento el antiguo palacio, dividido en dependencias, como Cataluña lo había sido en provincias, y aplicado a funciones ajenas a su privativo objeto, recobra su unidad material al tiempo que la unidad espiritual de la región es reconocida por los Poderes públicos, como un hecho consumado e intangible, que la ley no puede menos de consagrar.

Todo eso vibraba en la solemne quietud de la gran sala de lectura, la noche de la inauguración del Instituto y de la Biblioteca, mientras los señores Massó y Torrents, Ors y Rubió y Lluch leían sus respectivos discursos, cada cual en su estilo, animados por inconfundible emoción. Emoción de la hora, del momento, del símbolo. Emoción de la hora en que vuelven a la vida pública, en que son restituídos a su dignidad de elementos nacionales y públicos una cultura y un idioma, a los cuales Ticknor y otros historiadores de las literaturas neolatinas lloraban extinguidos hace ochenta años y dedicaban epítafios conmovedores. Emoción de la hora en que ese idioma no sólo vuelve a su actividad imaginativa o poética sino que penetra en el campo de la ciencia y de la más elevada y pura investigación: que no es la extensión de su territorio sino la fuerza de un ideal lo que determina y justifica el valor de las lenguas y aun las hace inmortales. Dígame la divina lengua de Homero y de Platón, la de menor área geográfica y de mayor dominio espiritual y sobre los tiempos que haya aparecido jamás.

Complemento, en cierta manera de la solemnidad antedicha, fué la colocación de la primera piedra del monumento a Verdaguer. También Verdaguer es «un hecho consumado». Representa la reincorporación de aquel idioma a la categoría o rango de los grandes idiomas poéticos. Es un dialecto que recobra su dignidad de lenguaje intelectual y, desde la calle y el domicilio, vuelve a las regiones de la inspiración y de la gloria reconquistada por un hombre eminente.

La humanidad no ve, a lo lejos, más que las cumbres. Y éste es el servicio que los genios suelen prestar a su patria. La humanidad distraída y remota ignora muchas veces que existe una literatura en Cataluña o una literatura en Provenza. Ignora acaso que una legión de talentos trabajan aquí, hace media centuria, en crear una novela, un teatro, una poesía, una historia y una elocuencia. Nada saben, por ventura, del hecho de conjunto. Pero saben que

ha existido Mistral, que ha existido Verdaguer. El nombre de Mistral, el nombre de Verdaguer destacan como nombres-cúspides en el panorama del mundo. Y esas grandes figuras sirven a su país y a su causa a modo de fiadores que responden por ellos ante el mundo, ya que el mundo hace honor a tales formas.

Hasta ahora ha sido Verdaguer quien ha llevado más lejos, en el campo de la internacionalidad intelectual, la voz y el acento de su patria. Es la cumbre que de más lejos se distingue mirando hacia acá y aquella sobre la cual más de lleno caen los fulgores de la inmortalidad y la gloria.

Por eso creo que al tratarse de su monumento en Barcelona y, sobre todo, del sitio en que ese monumento debía emplazarse, no se tuvieron en cuenta ni la magnitud de la figura ni esa universalidad impercedera que he señalado. Los monumentos se distribuyen de un modo incongruente, fuera de todo sistema, sin espíritu de proporcionalidad. Por razones circunstanciales y efímeras, una figura mediocre alcanza a lo mejor la más aparatosa balumba monumental. Otras veces es un político distinguido, serio, respetable, pero cuya notoriedad es harto pasajera y que no ha de vivir más de lo que vivan dos o tres generaciones, quien recibe el homenaje confundiendo una reputación destinada a durar cuarenta años con una gloria inextinguible.

Dentro de ese criterio, Verdaguer es la figura más grande de nuestra generación, es un poeta y por lo tanto llega a todas las capas de la sociedad, es el catalán símbolo del renacimiento y puede juzgarse ya que su gloria no ha de extinguirse. Por tanto, parece que su monumento debía ser excepcional y su emplazamiento el que correspondiera a esa posición o significación de cosa central, descolante y única, o vez de relegarlo a la periferia en sitio excéntrico, como una celebridad subalterna y de poco alcance.

Sin embargo, los políticos y las pasiones políticas mandan. Y, no ya un Pi y Margall, cualquier pequeño caudillo puede tener su estatua el día que quiera y hacérsela colocar en la misma Plaza de Cataluña, si se lo propone el pueblo soberano, aunque el pueblo soberano de dentro de medio siglo ignore ya de quién se trata. ¿No se han visto estatuas erigidas en España por el solo mérito de haber llegado a subsecretario de un Ministerio o a director general?

Hermoso será, sin duda, a pesar del sitio, el monumento a Verdaguer y otro de diversa índole se levanta en estos instantes: me refiero a la colección popular de sus obras completas, empresa patriótica de unos alientos hasta ahora no conocidos en nuestro país y que, por medio de una tirada de 15.000 ejemplares y al precio de 60 ó 70 céntimos volumen, acerca al lector más humilde los veintiocho volúmenes de la producción del insigne vate. El buen éxito que viene teniendo esta iniciativa y la aceptación que ha encontrado son testimonio así de la popularidad del autor y de sus raíces en el alma de todas las gentes de Cataluña, como de cierta preparación colectiva que no todos los pueblos suelen ofrecer.

Así se despiden el año civil y académico de que hablaba al principio. Y antes de despedirse del todo nos reserva un acontecimiento extraordinario, cual es el viaje del benemérito *Orfeo Catalá*, con sus tres secciones completas de hombres, señoritas y niños, a París y a Londres. Tan sólo el hecho de movilizar una masa como la del orfeón de Cataluña por excelencia arguye unos arrestos de organización, de audacia y de responsabilidad económica que no hay que ponderar. Trescientas personas no se trasladan así como así desde Barcelona a la capital de Francia ni desde allí a la de Inglaterra. El coste del viaje y de la manutención importa una suma respetabilísima y atreverse con esos riesgos es algo reservado a una institución coral como el *Orfeo* de continuo alentada por la fe patriótica, que obra milagros también como la fe religiosa.

No hay que decir con cuánta expectación seguirán su viaje y las noticias que de él se reciban, cuando esta crónica se publique, cuantos no puedan acompañar personalmente a los expedicionarios. El paso por las dos más famosas capitales de Europa, la consagración por esos dos públicos inteligentísimos y supremos es lo único que falta a la gran institución artística barcelonesa como remate de veinte años de labor exquisita, perseverante, llena de honradez y patriotismo. Nosotros abrigamos la esperanza de que esta última prueba dejará colmadas las aspiraciones más exigentes. Porque cuando se trata de méritos como los del *Orfeo* y de ideales y procedimientos artísticos de tanta perfección y seriedad no es el juicio de los supremos públicos el que debe temerse, sino el de los mediocres y mal preparados.

MIGUEL S. OLIVER.

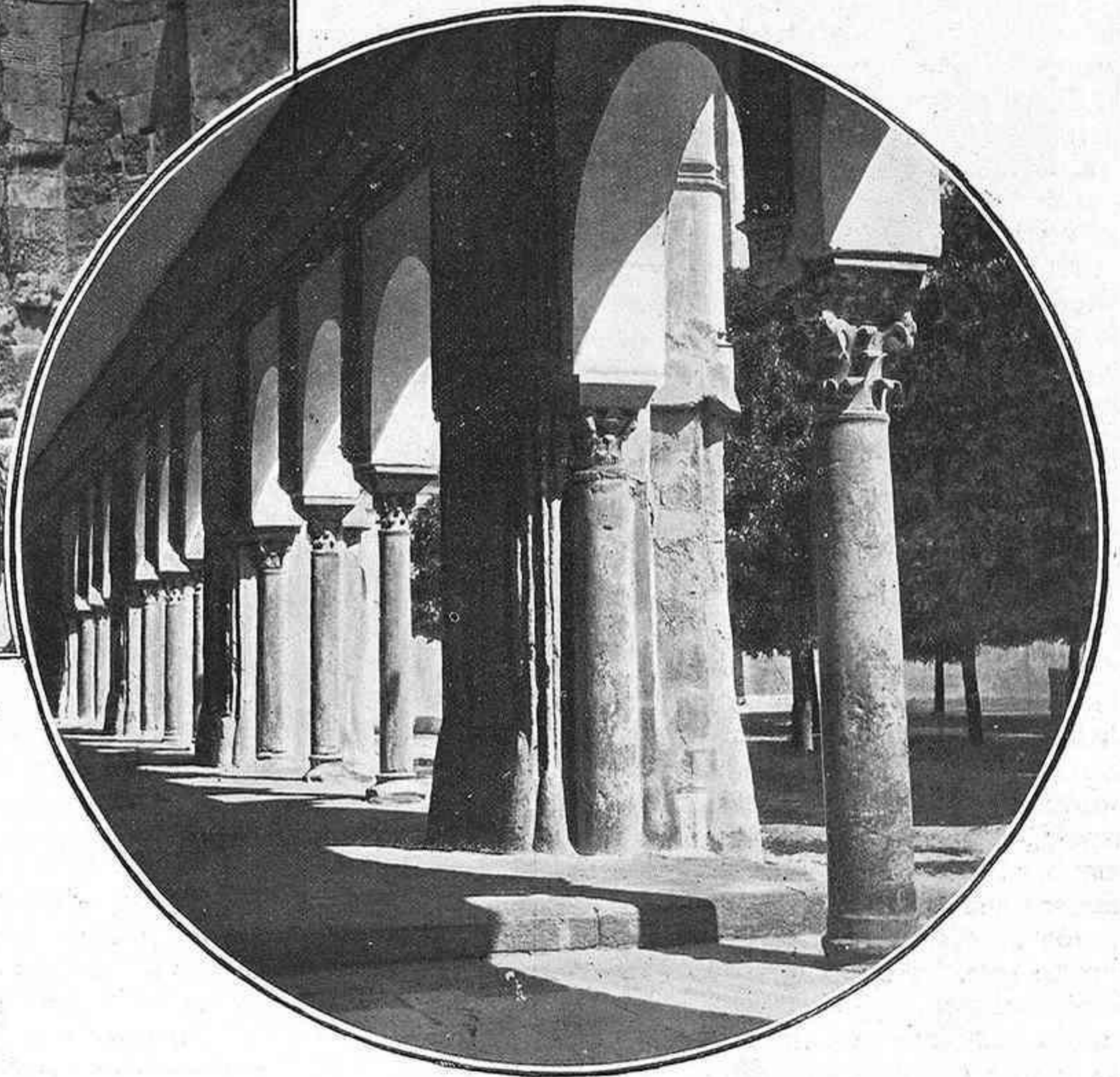
RINCONES DE ESPAÑA

EL PATIO DE LOS NARANJOS DE CÓRDOBA

(De fotografías.)



Córdoba. - Fachada lateral de la Mezquita



El patio de los Naranjos

Hay en España rincones maravillosos, de milagrosa hermosura, llenos de encanto, de paz, de silencio y de olvido. Son sitios únicos. El visitante, el artista que los ve por la primera vez, no los olvida jamás. Su atractivo poderoso le acompaña a todas partes. En ellos se respira el aire puro de las soledades, se bebe el ideal en la copa de oro de la leyenda. El tumulto de la ciudad calla a su alrededor. El sentimiento del infinito flota en la atmósfera.

Ninguna inquietud de las cosas terrestres viene a turbar el espíritu. El aire es tibio y embalsamado, el cielo claro y límpido. Zumba el insecto, cantan los pájaros, las fuentes dejan oír su queja triste y monótona, el viento suspira melodosamente entre el verde follaje de los árboles, las campanas tintinean a lo lejos. Se cree escuchar en el aire uno de esos viejos romances llenos de amor y melancolía, que cuentan los infortunios de una princesa encerrada en su torre por un padre implacable que la castiga por haber amado.

Y al volver de nuevo al bullicio, a la lucha encarnizada y épica de las ciudades tumultuosas, su recuerdo bello y radioso sobrevive en nuestra memoria con huella indeleble. El hada de la leyenda, eternamente joven, nos ha besado en la frente. Volvernos del país del ensueño, hemos estado en el Paraíso.

Nada más bello que el Patio de los Naranjos de Córdoba; nada igual a la frescura, la serenidad, la paz soberana de aquel rincón riente y silencioso, adonde no llegan nunca ningún ruido, ningún rumor de la vieja ciudad, adormecida en su profundo sueño de pereza y de orgullo. A la sombra suave de sus naranjos, de sus verdes palmeras, que hacen desfilar ante nuestros ojos visiones del Oriente; al murmullo lírico de sus claras fuentes de piedra, bajo el ardiente zafiro del cielo andaluz, una pesada soñolencia se apodera de nuestros sentidos. Ni el canto de un pájaro. Dijérase que el hondo letargo que flota en el aire ahoga los trinos en su garganta. El viento se calla, todo duerme, todo sueña. Este Patio de los Naranjos es el símbolo de Córdoba, es el símbolo de España.

Pero ¿qué repentino rumor viene a turbar, de pronto, el dulce reposo, el pacífico silencio del patio dormido? ¿No es chocar de armas? Reflejos metálicos resplandecen a la dorada luz del sol. Son las terribles legiones de Cartago, que al galope rápido de sus corceles de guerra invaden el valle y la llanura, vuelan a apoderarse del rico y espléndido territorio de los iberos. Y pues son los vencedores, destruyen y saquean toda la comarca.

Nueva invasión, nuevo enjambre de intrépidos guerreros atraviesan la sierra, avanzan por la llanura. Llevan otros trajes y hablan en otro idioma. Y como también vencen, expulsan a los antiguos colonizadores y fundan a Córdoba. Aquí se elevaba el gran templo de Jano en los días gloriosos de Lucano y de Séneca; los circos, las escuelas, todas las instituciones de la ciudad poderosa y omnisciente; pero todo fué destruido por la irrupción de los fanáticos godos; y Córdoba fué testigo de la ruina de la civilización romana y del nacimiento de una nueva

fe y de un nuevo orden de cosas.

Continúa el drama. Otra vez los osados invasores caen sobre Andalucía. Los moros avanzan por las llanuras cordobesas en orden de batalla, y los habitantes de la ciudad, sobrecogidos de espanto, corren a refugiarse en sus iglesias y en sus templos. De nuevo resuenan en el aire el choque de las armas y los gritos de los combatientes. Vence el Islam. La catedral de los cristianos cae en poder de los moros; y la media luna se eleva allí donde antes brillaba dulce y misericordiosa la cruz mística, emblema del martirio de un Dios y de la redención del género humano.

Durante largos siglos, la dinastía de los Omiadas reinó en Córdoba, destruyendo sin misericordia la obra de sus predecesores, imponiendo sus leyes, costumbres y creencias.

Fueron los días de oro, florecientes y prósperos, de la ciudad famosa; y su memoria vive inmarcesible y deslumbradora en la maravillosa mezquita edificada por el piadoso califa Abderramán y en las fértiles riberas del Guadalquivir. Pero la fortuna es mudable; y la hora de la decadencia de la civilización musulmana había sonado ya en el reloj del tiempo.

España, atrevida y valerosa, se levantó contra sus opresores y de nuevo se vieron manchadas con sangre de moros y cristianos las calles de Córdoba.

Mas España abusó de su victoria. Los baños, las reliquias, los templos, las escuelas, los palacios de los odiosos musulmanes, fueron destruidos sin piedad. Descuidáronse las ciencias, las artes, la literatura. Pasaron para no volver más los días gloriosos de Abderramán y de Almanzor.

La estrella de la Córdoba romana palideció para siempre y como el Fénix de la fábula no había de renacer de sus cenizas.

Cambia la decoración. La luna, pálida y triste como una enamorada, resplandece en la noche serena sembrada de estrellas. El ruiseñor antona en los matorrales su canción amante y melancólica. El aire huele a rosas y naranjos en flor.

Una sombra blanca, con marcha incierta, con pasos irresolutos, atraviesa el jardín. Mil veces vuelve atrás el rostro, de bello perfil árabe, para cerciorarse de que no la siguen.

Es Zuleika, la más hermosa doncella del Islam. Vuela a una cita de amor. Un apuesto cristiano la adora y va a huir con él, amparada por las sombras de la noche.

Todo duerme en el soberbio alcázar. El padre de Zuleika también; y sus guerreros sueñan con las bellas huries del paraíso.

Los amantes cambian entre sí breves palabras. Él monta en un caballo más negro que la noche y coloca a Zuleika en la grupa. Cabalgan con rapidez sobre humana; las aguas del Guadalquivir se deslizan

majestuosas y límpidas, bañadas por los rayos de la luna. Las estrellas brillan en el cielo. La noche es silenciosa, callada y tibia. Parece proteger la fuga de los dos amantes.

Pero he aquí que de repente el padre de Zuleika se despierta sobresaltado y lleno de congoja. Un negro presentimiento se ha clavado en su corazón, como el agudo puñal de un enemigo. ¿Zuleika! ¿Dónde está Zuleika? Vuela a su estancia, seguido de sus esclavas. No está. Su hermoso lecho aparece casto e inviolado en la penumbra del aposento, que alumbraba apenas la velada luz de una lámpara de oro. Ni siquiera se ha acostado.

El viejo guerrero se mesa con desesperación los niveles cabellos y la barba. ¡Pronto! ¡Un caballo, sus guerreros! Y en pocos minutos, un tropel de moros montados en sus impetuosos corceles árabes, más veloces que el viento, flotando al aire sus blancos alquiceles, precedidos por el padre de Zuleika, se desparraman por la llanura con el ímpetu del simún, en persecución de los amantes fugitivos. Pronto les dan alcance. Y se traba entonces una lucha feroz y encarnizada entre sus perseguidores y el hermoso e intrépido caballero cristiano. Pero su heroísmo es inútil. Sus contrarios son muchos y van decididos a matarle.

De pronto, un grito desgarrador de Zuleika llena el espacio de un pánico sagrado. Hasta los árboles parecen estremecerse, llorar los arroyos y ocultarse los pájaros llenos de pavor en lo más recóndito de la arboleada.

Es que Zuleika ha visto caer a su amante al pie de su caballo, pálido como un lirio y con una rosa sangrienta en el corazón. Va a lanzarse sobre el cuerpo de su amado, pero se apoderan de ella, y volviendo grupas, la llevan de nuevo a su palacio. La encierran en una torre, y sus gemidos de dolor resuenan en la noche desgarradores y lúgubres, llenándola de una tristeza infinita.

Pero no; nada de esto es verdad. Todo ha sido como un sueño, una resurrección alocada de la fantasía.

Córdoba la Sultana, la ciudad de las cien mezquitas, la esplendorosa mansión de los califas, la que perpetuó su nombre en la historia y en la leyenda, duerme hoy a las orillas del Guadalquivir, a la sombra de sus naranjos y de sus palmeras, melancólica, solitaria y triste, su sueño inextinguible y monótono de pereza y de orgullo.

JOSÉ PABLO RIVAS.

ALBERTO DE KÉLLER

Setenta años ha cumplido recientemente este ilustre pintor muniquense, reputado hoy en día como uno de los más célebres artistas alemanes, y a pesar de su avanzada edad, las obras que en la actualidad produce tienen toda la frescura y toda la fuerza de la juventud.

Aunque de origen suizo, pues nació en Syais (Zúrich), puede decirse que es alemán, pues desde la edad de diez y nueve años reside en Múnich y allí ha hecho su carrera artística. Comenzó estudiando en la Universidad de la capital de Baviera, pero a los dos años abandonó los estudios y decidió consagrarse por entero a la pintura, demostrando desde sus primeros pasos en la senda del arte un temperamento y un estilo propios que ha conservado toda su vida, sin dejarse alucinar por las caprichosas imposiciones de la moda; temperamento y estilo que pueden concretarse en estas dos palabras: vigor y elegancia.

Después de algunos cuadros de distintos géneros, como *La ninfa y el fauno* y *Chopin*, una de las perlas de la Nueva Pinacoteca muniquense, dedicóse a pintar tipos y escenas de la sociedad elegante de los salones, produciendo verdaderas maravillas, especialmente en retratos de señoras. A pesar de esto no puede llamársele pintor de salones, en el sentido que por lo común se da a esta palabra, puesto que, huyendo de todo convencionalismo, buscó sólo en aquel medio ambiente la belleza artística de la vida elegante, es decir, el arte propiamente femenino.

Pintó luego una serie de escenas antiguas, inspiradas en las impresiones directamente recibidas en Italia y entre las cuales merecen citarse en primer lugar *La emperatriz Faustina en el templo de Juno*.

En obras de esta clase pueden mencionarse como las más notables, entre otras, *La resurrección de la hija de Jairo*, lienzo adquirido por

el Estado bávaro, *Sueño de brujas*, *La hermana feliz*, *Cristo en la Cruz*, *La visión de la Cruz* y *El juicio de Paris*.

Kéller sigue pintando como en sus mejores tiempos



Retrato de señora, pintado por Alberto de Kéller

por y mostrando cada día nuevos aspectos de su brillante talento.

TRABAJOS DE CIEGOS

(Véase la lámina de la página siguiente.)

La Asociación Valentín Haüy para el bien de los ciegos ha celebrado recientemente en su domicilio social, en París, su acostumbrada exposición de objetos fabricados por sus pupilos. Esta exposición no sólo sirve para proporcionar, con la venta de aquellos objetos, algunos recursos a la Casa de los Ciegos, sino que además constituye una demostración conmovedora de lo que el ingenio y la paciencia pueden lograr para suplir en nuestros desgraciados hermanos las facultades que les faltan.

«Vosotros que tenéis ojos venid a ver cómo los ciegos ven con sus dedos;» tal es la divisa de la Asociación. Y en efecto, los ciegos, instalados cómodamente en el taller o delante de sus mesas, hacen asistir al público a sus diversos trabajos, para los cuales se creería que la vista es indispensable: uno fabrica cepillos; otro, cestas de mimbres; éste confecciona asientos de silla, aquéllos bordan o tejen.

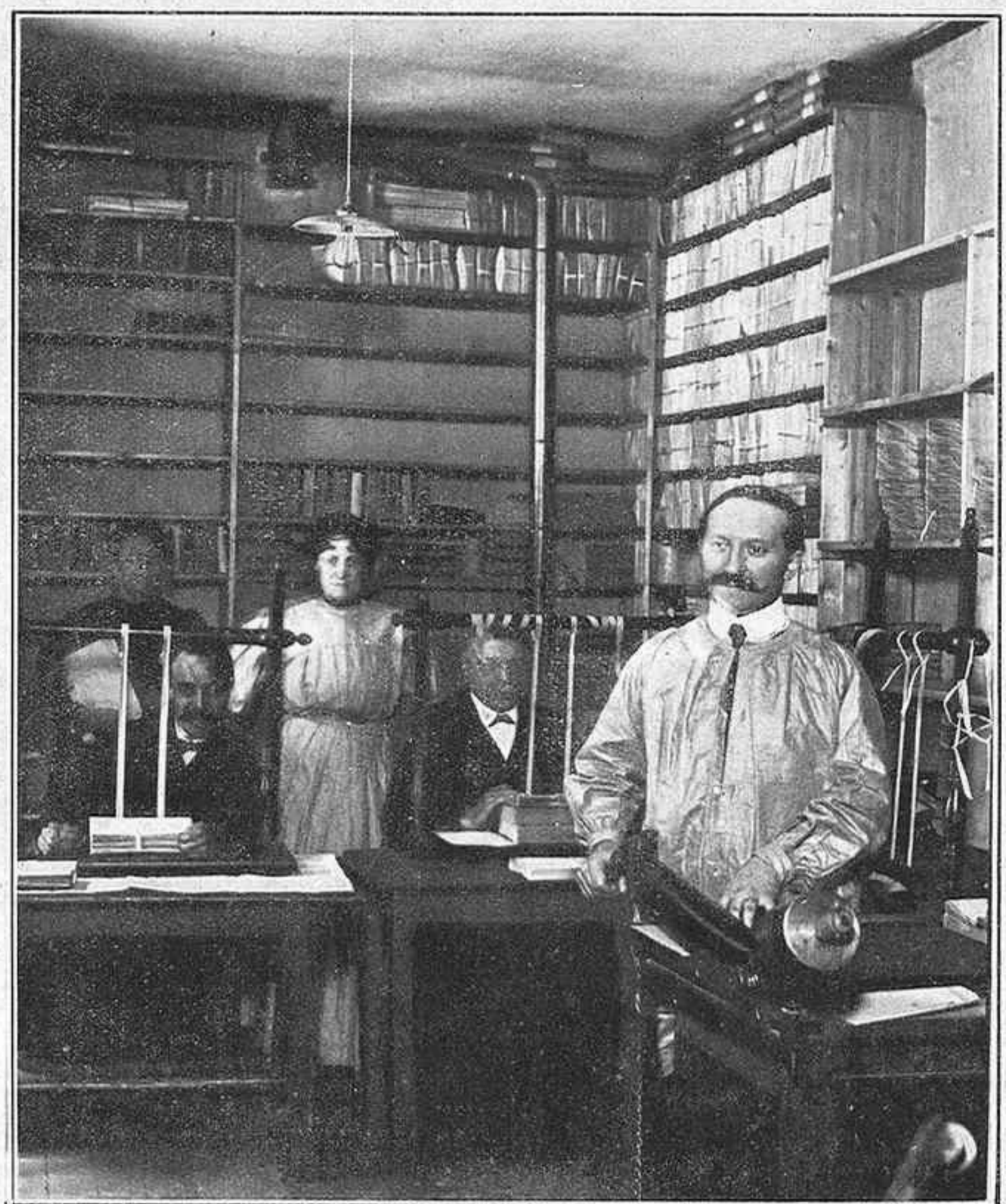
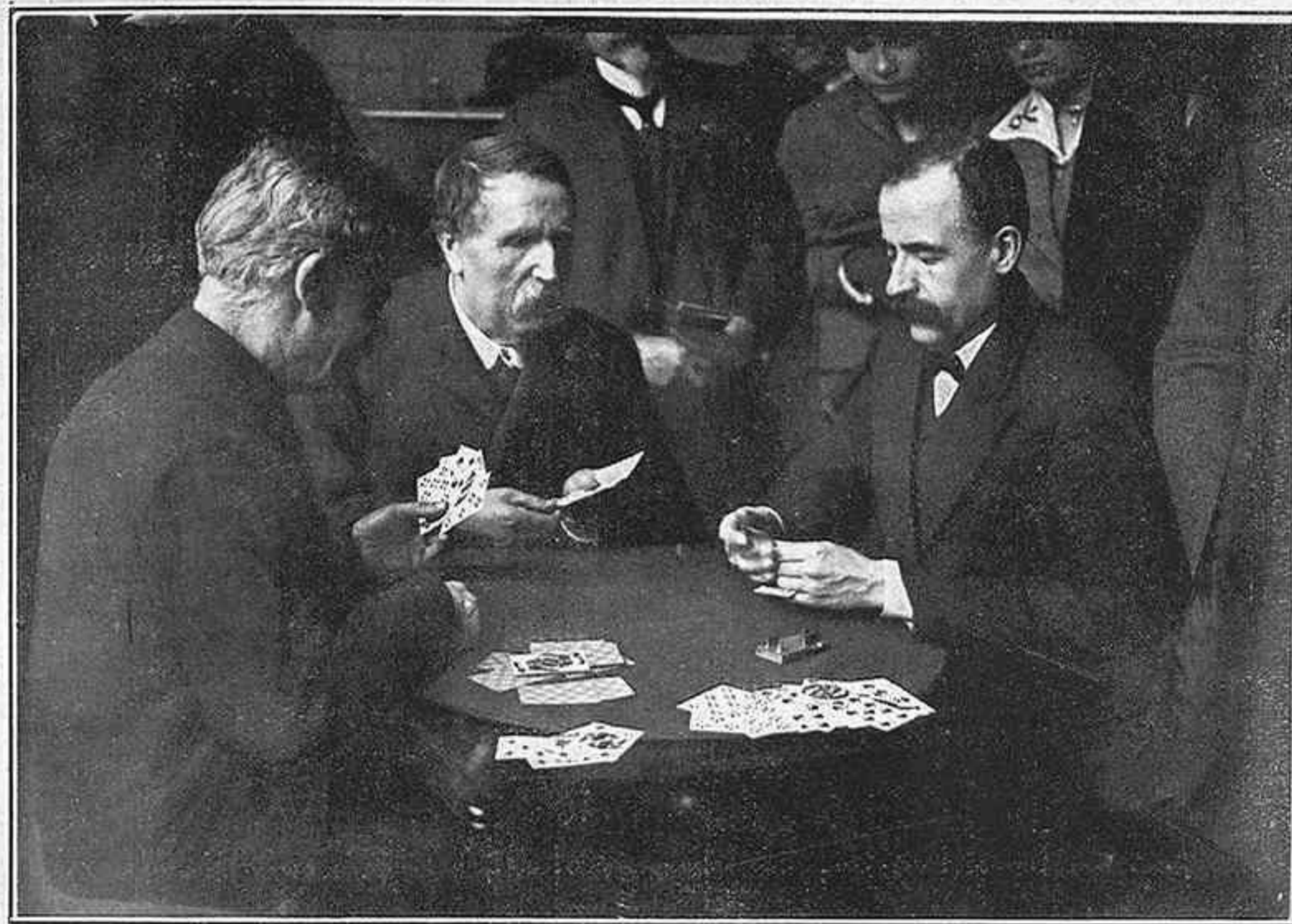
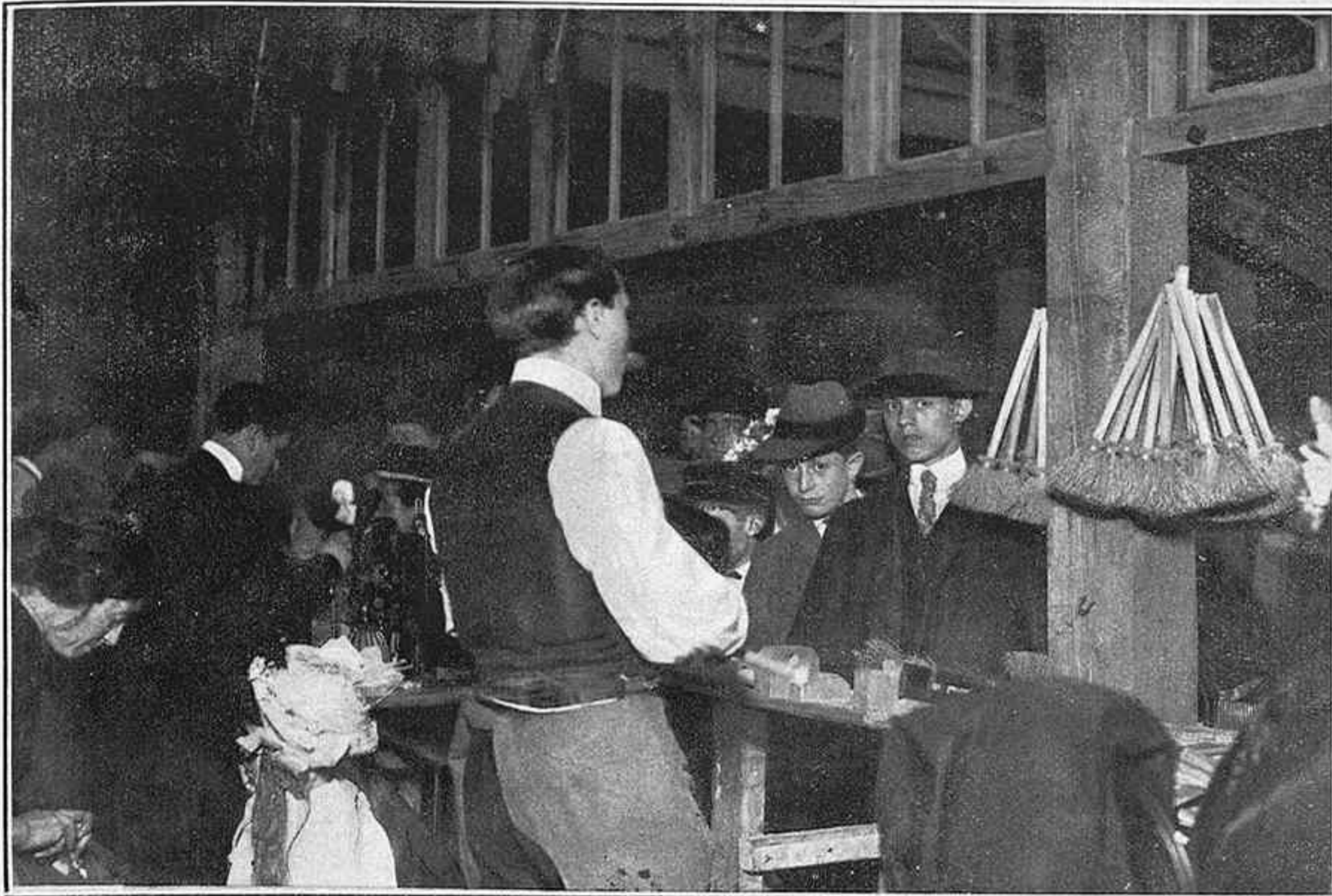
Pero al lado de estas labores puramente mecánicas y manuales, hay otras que requieren un mayor desarrollo intelectual; así ciertos ciegos son dactilógrafos; otros, afinadores de pianos, masajistas, etc.

El trabajo de esos ciegos no es rudimentario ni basto, sino que puede competir con el de las personas dotadas de mejor vista. Además, la Casa de los Ciegos casi no emplea más que ciegos para sus cotidianos menesteres y para el servicio de sus diversos organismos; y es un espectáculo asombroso el de la biblioteca de obras impresas especialmente para los ciegos, servida por un bibliotecario ciego que escoge en las estanterías el libro que se le pide, o consulta en las cajas la pequeña ficha que le permitirá encontrar el manuscrito que necesita. La biblioteca de aquella casa se compone de más de 40.000 volúmenes impresos según el sistema Braille.

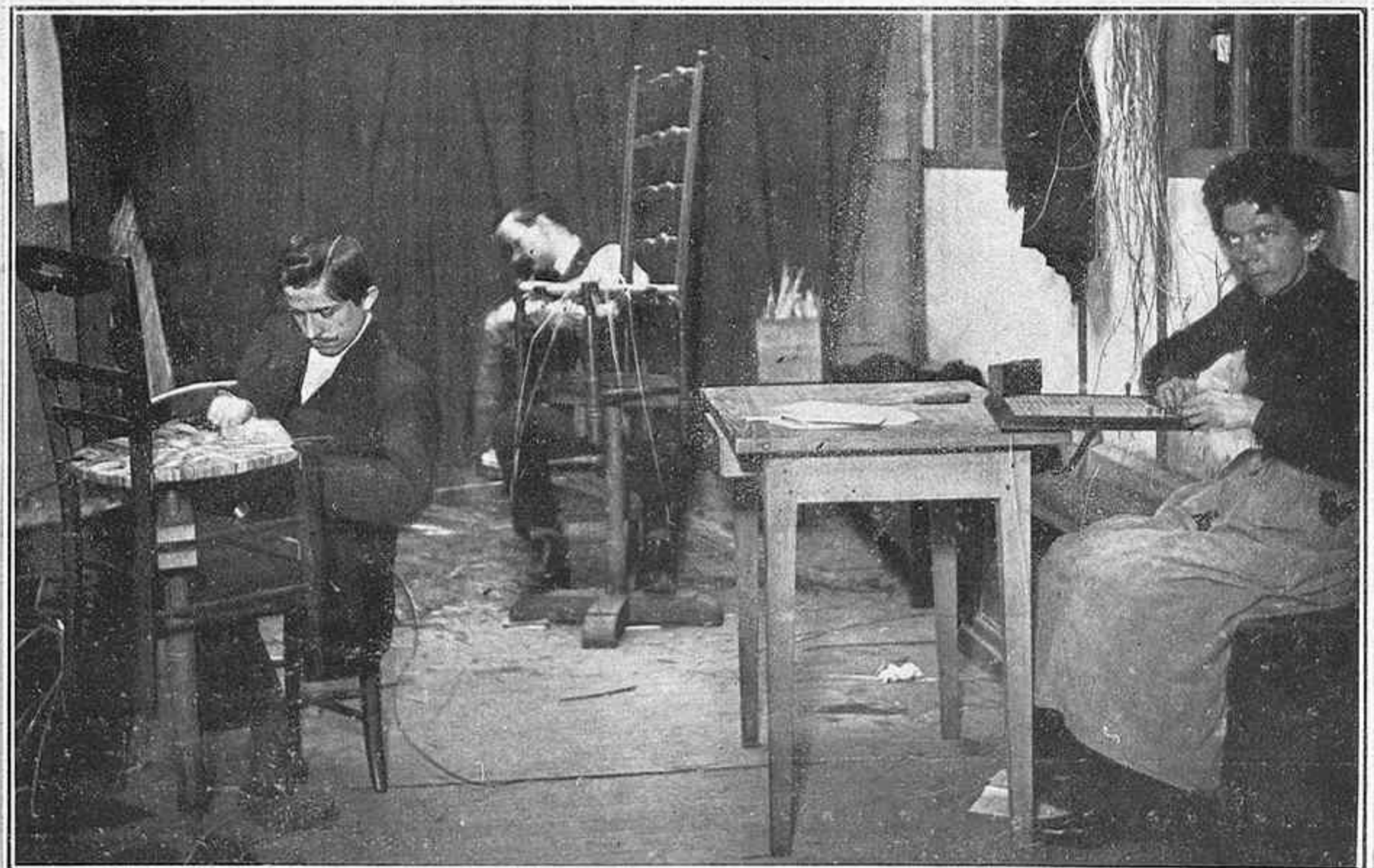


La dama del velo, cuadro de Alberto de Kéller

PARÍS.—TRABAJOS DE LOS CIEGOS



ASOCIACIÓN
VALENTÍN HAUY
PARA EL BIEN DE LOS CIEGOS



Ciegos fabricando escobillas. — Ciegos fabricando cestas de mimbres. — Ciegos jugando a los naipes. — Ciegos encuadernando las obras de la biblioteca Valentín Hauy. — Ciegas confeccionando cucuruchos de papel. — Ciegos fabricando asientos de silla
(De fotografías de Carlos Trampus.)



Londres. Exposición Hispano-inglesa de Turismo. - Bailadoras españolas danzando sobre un tablado

LONDRES. - EXPOSICIÓN HISPANO-INGLESA DE TURISMO

En Earl's Court, de Londres, celébrase actualmente la Exposición Hispano-inglesa de Turismo que, en sentir unánime de cuantos la han visitado, constituye un brillante éxito para nuestra nación y para el comisario regio de Turismo en España Sr. marqués de la Vega Inclán, organizador de la sección española de la misma.

La inauguración oficial de la Exposición celebróse con gran pompa y ante numerosa concurrencia, en la que había miembros de las Cámaras de los Lores y de los Comunes, artistas,

comitiva oficial, atravesando la sección inglesa, se dirigió al inmenso hall en donde está la instalación española, recibiendo allí al lord mayor el marqués de la Vega Inclán y lord Lámington, del Comité organizador de la Exposición.

Lord Lámington pronunció un elocuente discurso en el que, después de saludar al lord mayor, al embajador de España y al marqués de la Vega Inclán, afirmó que aquella manifestación de arte y cultura permitirá al pueblo inglés manifestar su admiración por el pueblo español y por su Rey.

A continuación el Sr. Merry del Val, en sentidos términos, agradeció las frases amables dedicadas por lord Lámington a nuestra patria y a S. M. el Rey D. Alfonso XIII, que tanto desea que la España moderna sea conocida en el extranjero, y manifestó que el objeto de la asistencia de España a la exposición era mostrar las atracciones que nuestro país ofrece a los turistas y las facilidades que hay para visitarla, haciendo así labor de divulgación y contribuyendo a estrechar los lazos de unión entre las dos naciones.

El lord mayor se felicitó del honor que le correspondía de presidir la inauguración de la primera exposición de esta índole, que seguramente tendrá gran éxito y favorecerá el turismo en el bello país de España.

Terminó el acto con una visita al hall y un brillante desfile en el que tomaron parte la Estudiantina cordobesa y las comparsas y rondallas regionales, que fueron aplaudidas con gran entusiasmo.

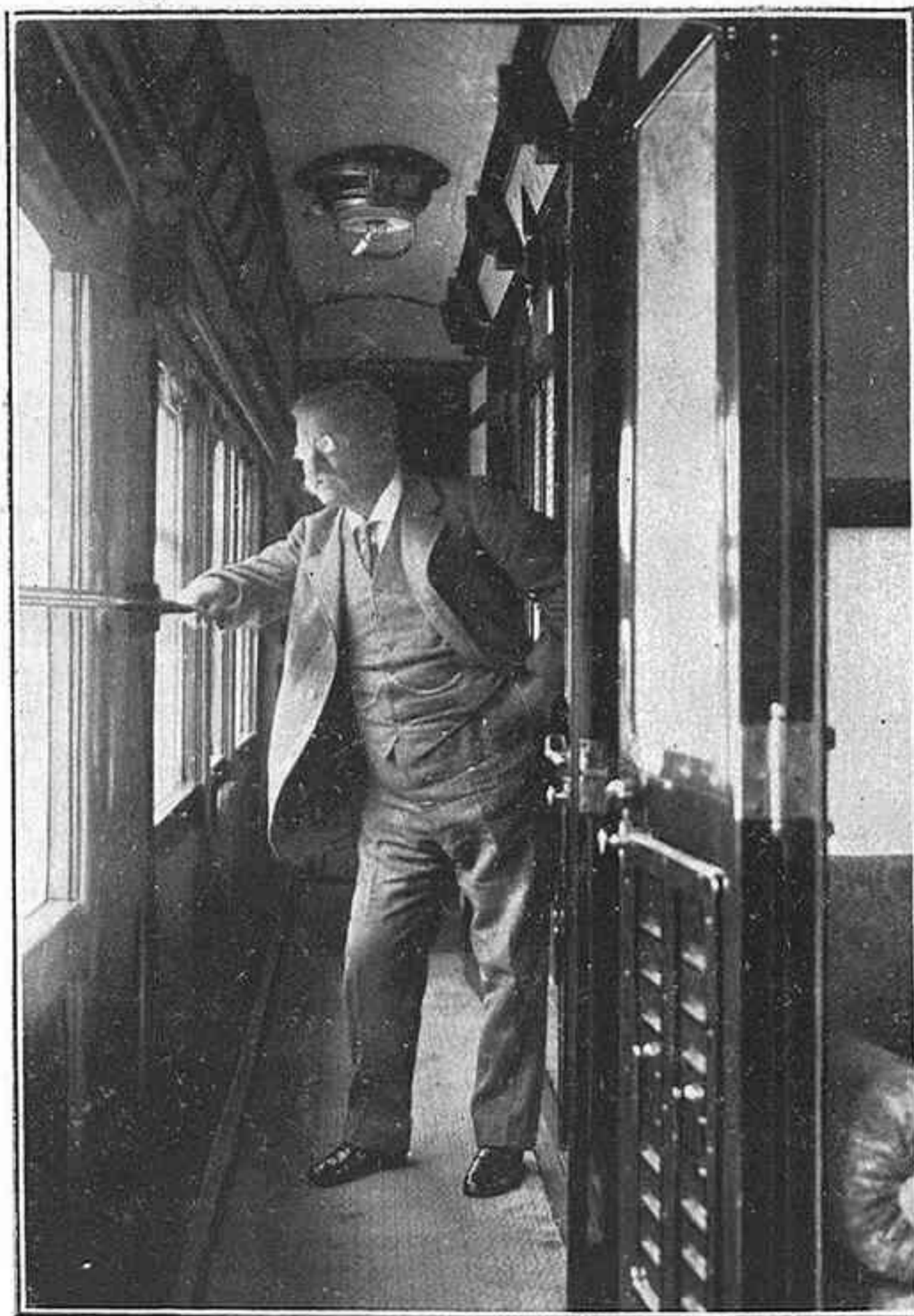
La sección española de la Exposición permite formarse una idea bastante completa de lo que ofrece España a la curiosidad del turista y a los amantes de las bellas artes. A esto responde de una manera admirable un panorama inmenso, de más de 1.500 metros cuadrados y pintado magistralmente por Amalio Fernández, en el cual se reproducen 33 paisajes diferentes que merecen ser visitados por los turistas. Este panorama está separado del público por un espacio vacío, de varios metros y un paseo circular por donde pasean las comparsas de varias regiones que con sus típicos trajes contribuyen a producir la impresión de la realidad.

En el centro del hall está la sala de fiestas, cuyas paredes cubren magníficos tapices antiguos propiedad de la Casa Real y en el fondo del cual se levanta un inmenso escenario donde las rondallas y comparsas bailan las danzas tradicionales y cantan las canciones populares de sus respectivas regiones.

Completan la sección española, además de reproducciones de la puerta del Puente de Córdoba, de la fuente de la Cibeles de la corte y de un panorama de Madrid visto desde la orilla del Manzanares, la sala Real y la del Museo del Prado. En la primera hay, entre otros objetos, un retrato del Rey a caballo y en traje de campaña, los modelos de los balandros reales,



Tipos de jóvenes españolas en sus trajes regionales (De fotografías de London New Agency Photo.)



Mr. Roosevelt en España. Primer retrato hecho en España del expresidente de la República de los Estados Unidos. Mr. Roosevelt en el corredor del vagón a la salida de Medina del Campo. (Fotografía de nuestro reportero Vidal.)

literatos y elegantes damas, habiendo sido presidida por el lord mayor de Londres con su vistoso cortejo tradicional, en coches de gala y rodeado de la guardia histórica de la City.

El lord mayor fué recibido por el embajador de España en Londres Sr. Merry del Val, con el personal de la embajada, el conde de la Unión y otras distinguidas personalidades, y la

los premios ganados por S. M. en las regatas de Cowes y el plano de los caminos del Real Automóvil Club; en la segunda se exponen magníficas reproducciones de las obras maestras que nuestro gran Museo nacional contiene.

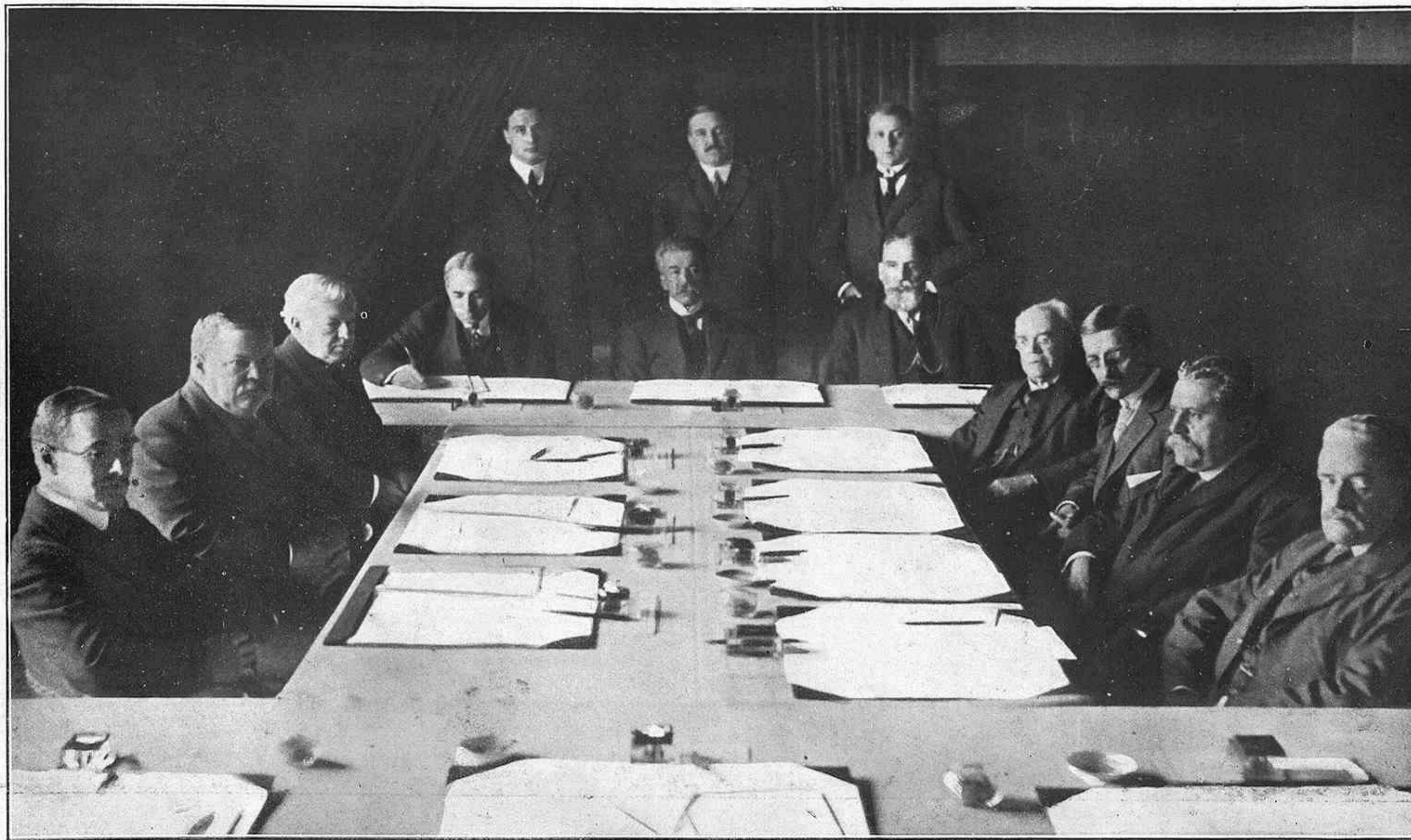
MR. ROOSEVELT EN MADRID

El día 8 de este mes llegó a la corte el expresidente de la República de los Estados Unidos, con objeto de asistir a la boda de su hijo Kermit con miss Belle Willard, hija del embajador de aquella nación en España.

En la estación le esperaban su hijo, el embajador, el cónsul, el vicecónsul y los secretarios y agregados. También lo esperaban el subsecretario del ministerio de Estado, el Sr. Méndez Alaniz y otras personalidades.

Al día siguiente de su llegada, Mr. Roosevelt, acompañado de su hijo, visitó en la Granja a los Reyes, quienes los invitaron a almorzar, recorriendo después, en compañía de la Real familia, los jardines de aquella residencia. Aquella misma tarde el expresidente hizo una excursión al Escorial.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



Delegados de los Estados Unidos

Delegados sudamericanos

Delegados mexicanos

La conferencia de Niágara Falls para resolver la cuestión de México. - A la izquierda: Sres Dodge, secretario de la delegación norteamericana; Lehman y Lamar. En el fondo, sentados: Sres. Dahón, embajador de la República Argentina en Wáshington; da Gama, embajador del Brasil en Wáshington, y Suárez, embajador de Chile en Wáshington; detrás de ellos, de pie, sus secretarios. A la derecha: Sres. Rodríguez, Rabassa, Elguero (Luis) y Elguero (Rafael), este último secretario de la delegación mexicana. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

LA CONFERENCIA DE NIÁGARA FALLS

Desde el día 20 de mayo último hállanse reuniendo en el Clifton Hotel de Niágara Falls los delegados de los Estados Unidos, los de las Repúblicas sudamericanas Argentina, Brasil y Chile, y los mexicanos del general Huerta, para encontrar una solución que ponga término no sólo al conflicto existente entre los Estados Unidos y el gobierno del mencionado general, sino también a la situación anormal y en extremo crítica por que atraviesa la nación mexicana a consecuencia de la sangrienta lucha entre constitucionalistas y federales.

Creyeron muchos, en un principio, que las negociaciones entabladas por iniciativa de las potencias A. B. C. conducirían a un rápido y satisfactorio resultado; otros más pesimistas auguraron que cuanto se hiciera en la conferencia sería de todo punto ineficaz, y por ahora los hechos están dando enteramente la razón a estos últimos, pues a pesar de los muchos días transcurridos, no sólo no se ha llegado a una solución, sino que cada vez va pareciendo más difícil encontrarla.

Los constitucionalistas, que en un principio no quisieron tomar parte en la conferencia, ahora quieren intervenir en ella, lo cual, como se comprenderá, complicaría la cuestión; y por otra parte, el general Huerta, aunque anuncia de continuo que está dispuesto a dimitir y a entregar el poder a un gobierno provisional, no dimite y sigue juntando cuantos elementos puede para continuar la lucha contra los constitucionalistas. Y la situación general es siempre la misma, sin que hasta ahora la conferencia haya adoptado acuerdos definitivos y sin que pueda preverse si los que acuerde serán aceptados por todos los que, por una u otra causa, están interesados en el problema mexicano.

Y por si algo faltaba para acabar de complicar las cosas, parece que ha surgido un conflicto diplomático entre los Estados Unidos y Alemania por haber desembarcado, a pesar del veto de los nor-

teamericanos, y apoyados por buques de guerra de su país, armas y municiones para el general Huerta. En una palabra, el problema mexicano continúa en

MADRID. - LA BODA DE MR. KERMIT ROOSEVELT

El día 11 de este mes, a las doce y media de la mañana, efectuóse la boda de mister Kermit Roosevelt, hijo del expresidente de la República de los Estados Unidos, con Miss Belle Willard, hija del embajador de aquel país en España.

La ceremonia se celebró en la capilla de la embajada inglesa, según el rito protestante, religión que profesan ambos contrayentes, y a ella asistieron el presidente del Consejo de Ministros, el conde de Romanones, el ministro de Estado con su señora, el Cuerpo Diplomático, el Director general de Seguridad y otras distinguidas personalidades.

La novia vestía elegantísimo traje blanco y el novio de levita.

Terminada la ceremonia, la comitiva se trasladó a la embajada de los Estados Unidos, en donde se celebró un espléndido banquete, al que asistieron también los señores Dato y el marqués de Lema, después del cual los novios marcharon a un punto próximo a Madrid, en donde pasarán los primeros días de su luna de miel, saliendo luego para Francia e Inglaterra.

Desde este último punto marcharán a Portugal y allí embarcarán para el Brasil, en donde está destinado mister Kermit Roosevelt como ingeniero de su nación.

Mr. Roosevelt salió aquella misma noche para París y Londres; en esta última capital ha de dar en la Real Sociedad Geográfica una conferencia sobre su reciente viaje de exploración al Brasil.

Los novios han recibido, con motivo de su enlace, muchos y valiosísimos presentes, mereciendo citarse en primer término un abanico antiguo y un magnífico *pendantif* de brillantes, regalados por los Reyes y por los infantes don Alfonso y Doña Beatriz respectivamente.

Casi todos los regalos recibidos de los Estados Unidos son objetos de plata que juntos valen una fortuna.



Madrid. La boda de Mr. Kermit Roosevelt y Miss Belle Willard. Los novios después de efectuado el matrimonio. (Fot. Vidal.)

pie con toda su gravedad y expuesto cada día a que surjan nuevos incidentes que acaben de complicarlo.

los Estados Unidos son objetos de plata que juntos valen una fortuna.



CARDO SILVESTRE, cuadro de G. Vizzotto Alberti



DESCANSO, escultura de Rafael Belliazzi
(De fotografías de Vasari, remitidas por Carlos Abeniacar.)



LA COSTURERA DE LA ALDEA, cuadro de la señorita Vallay et Moutet

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

ILMO. DR. FRANCISCO DE POL

El Dr. Pol, obispo de Gerona, que falleció el día 6 de este mes en la capital de su diócesis, había nacido en Arenys de Mar

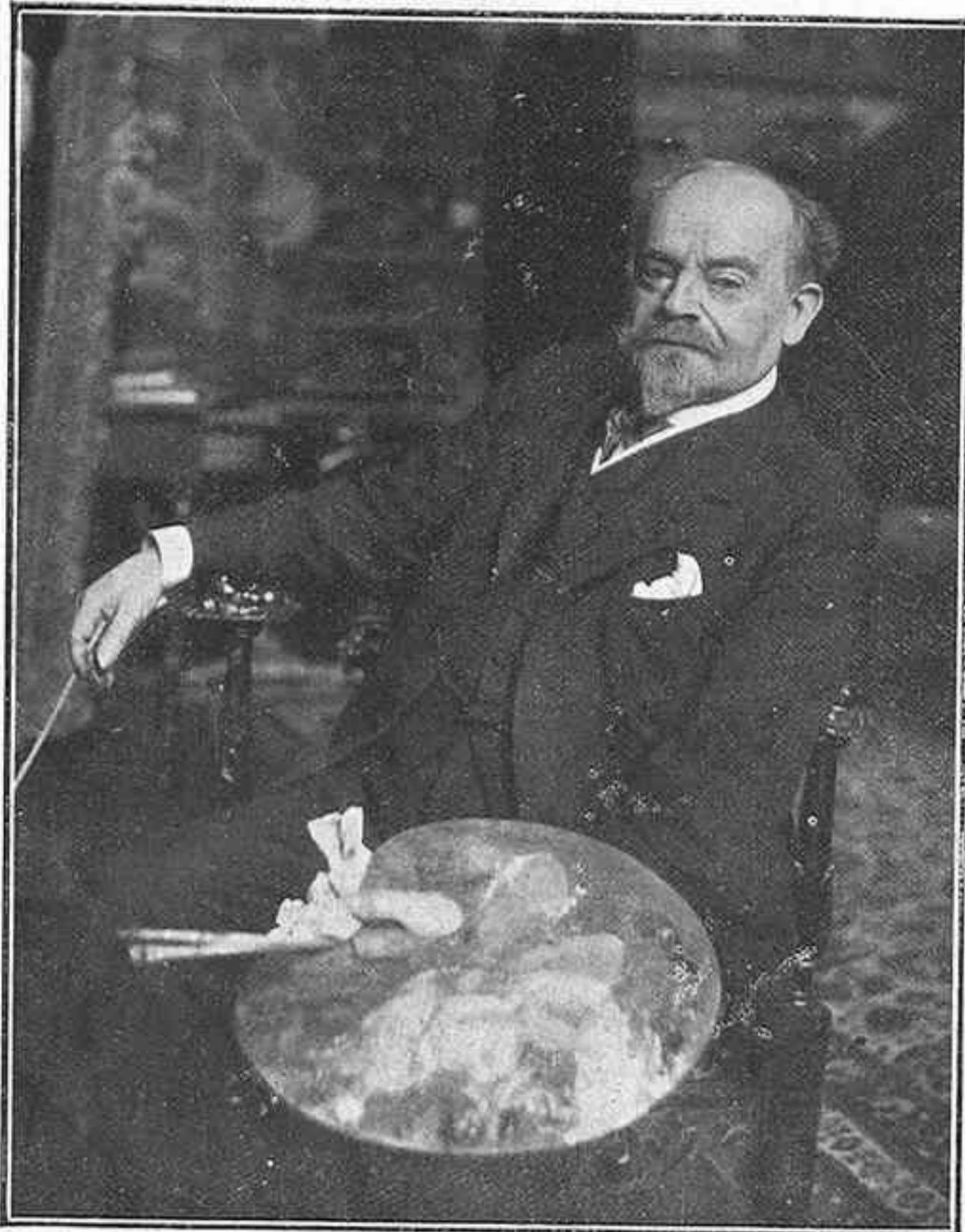


Ilmo. y Reverendísimo Dr. D. Francisco de Pol y Baralt, obispo de Gerona, fallecido el día 6 del actual. (De fotografía de Audouard.)

el 9 de junio de 1854, y desde su más tierna edad dió muestras de piedad acendrada y de vocación decidida al estado eclesiástico. Estudió tres años de latín y Humanidades en su villa natal y siguió luego la carrera eclesiástica en el Seminario de Gerona terminándola con la calificación de *Meritissimus* y habiendo durante la misma regentado algunas cátedras.

En nuestra Universidad cursó la carrera de Leyes, licenciándose en ambos derechos en 1879, y en diciembre de aquel mismo año, el entonces prelado de Gerona confirióle órdenes sagradas, promovióle al presbiterado. Siendo aún diácono, fué nombrado secretario cancelario actuante del Tribunal eclesiástico y expedicionero de preces a Roma de la diócesis gerundense.

A los pocos días de posesionarse de la diócesis de Barcelona el inolvidable obispo Dr. Catalá, llamó a su lado al Dr. Pol, su paisano y antiguo discípulo, y le confirió, en enero de 1884, los cargos de Provisor, Vicario general y oficial, delegado de Capellanías y Auditor de testamentos y causas pías, encargándose desde luego del provisorato y en 1886 del Vicariato general, empleos que sirvió constantemente con infatigable laboriosidad y reconocida maestría hasta la muerte del Dr. Catalá,



El eminente pintor francés Gabriel Ferrier, fallecido en París el día 6 del actual. (De fotografía de Harlingue.)

acaecida en 1899. En aquella fecha, el cabildo, conocedor de las brillantes cualidades que adornaban al Dr. Pol, le confió el gobierno de la diócesis, nombrándole en 25 de febrero del citado año Vicario capitular sede vacante, cargo que desempeñó con ejemplar discreción y pericia hasta que, siete meses después, se posesionó del obispado el nuevo prelado doctor Morgades.

Promovido obispo en 1906, fué consagrado en Arenys de Mar en junio de 1907, haciendo pocos días después su entrada en la ciudad de Gerona. Durante los años en que ha regido aquella diócesis, no ha cesado un momento de velar y trabajar por el bien de sus diocesanos y en defensa de los derechos de la Iglesia, escribiendo notables pastorales, pronunciando sabias

y elocuentes homilías, visitando las parroquias y atendiendo a las necesidades de las mismas, socorriendo a los menesterosos, protegiendo todo cuanto pudiera contribuir a la mayor dignidad del culto; en suma, cumpliendo de un modo ejemplarísimo la sagrada misión de pastor de las almas, y conquistándose por su saber y sus virtudes el cariño y la veneración de sus diocesanos.

¡Descanse en paz el ilustre prelado!

GABRIEL FERRIER

Este celebrado pintor, recientemente fallecido en París, nació en Nîmes en 1847, y aunque los comienzos de su carre-



Madrid. — Concurrentes al banquete ofrecido por el Nuncio de Su Santidad al nuevo cardenal Dr. Guisasola y a los enviados por Su Santidad para imponer la birreta a dicho purpurado. De izquierda a derecha, sentados: obispo de Oviedo, cardenal Guisasola, D. Eduardo Dato, el Nuncio de Su Santidad, el marqués de Vadillo, general Azcárraga; de pie: canónigo Magnanensi, secretario del ablegado Apostólico; conde Paolini, guardia noble del Vaticano; monseñor Arborio Melle di Sant-Elia, ablegado Apostólico de Su Santidad; obispo de Mondoñedo, obispo de Madrid Alcalá, general Echagüe, obispo de Sion. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

ra fueron difíciles, con su voluntad firme y con su amor al trabajo supo vencer todos los obstáculos y conseguir muchos y muy grandes triunfos en el curso de su vida artística: premio de Roma en 1872, después de haber trabajado bajo la dirección de Pils, Lecoq de Boisbandrán y Herbert, obtuvo una medalla de segunda clase en 1876, una de primera en 1878, una de oro en la Exposición Universal de 1889, y la medalla de honor en 1903. Nombrado en 1884 caballero de la Legión de Honor, concediósele el grado de oficial en 1903 y el de condecorador en 1911. Era miembro de la Academia de Bellas Artes desde 1906 y desde hacía algunos años desempeñaba una cátedra en la Escuela de Bellas Artes.

Dedicóse principalmente a los retratos y a la pintura decorativa, mereciendo ser particularmente citados entre los primeros los del general André, que figura en el Museo del Luxemburgo; Julio Claretie, del presidente del Consejo de Ministros Sr. Ribot, de la condesa de La Rochefoucauld y de monseñor Herscher, obispo de Langres. De entre sus grandes obras decorativas sobresalen *Glorificación de las Artes*, *Las flores* y *La Opera Cómica*, techos de la embajada de Francia en Berlín, de la Casa Consistorial de París y del vestíbulo del Teatro de Nîmes respectivamente.

EL CARDENAL GUIASOLA

EN MADRID

Con objeto de recibir de manos de S. M. el Rey la imposición de la birreta cardinalicia, ha permanecido algunos días en la corte el nuevo purpurado doctor Guisasola, arzobispo de Toledo. La ceremonia se efectuó con el ritual y la solemnidad de costumbre y después celebróse en el comedor rojo del Palacio real un almuerzo en honor del nuevo príncipe de la Iglesia.

El día antes el nuncio de S. S. había obsequiado al Dr. Guisasola con un espléndido banquete al que asistieron altas personalidades del Gobierno y de la Iglesia, según puede verse en el grabado adjunto y terminado el cual, el nuncio entregó al ablegado apostólico, a su secretario y al conde Paolini las condecoraciones que S. M. les ha concedido.

SELMA LAGERLOF

La Academia de Suecia, dando con ello un ejemplo de alto sentido de justicia, que otras academias debieran imitar, ha abierto recientemente sus puertas a una mujer, la célebre novelista de fama mundial Selma Lagerlof, a quien ya en 1909 le fué adjudicado el premio Nóbel de la Literatura.

A raíz de aquel suceso publicamos, en el número 1.467 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, un estudio crítico-biográfico de la renombrada escritora, del notable literato que firma con el seudónimo de *Angel Guerra*. A aquel interesante y completo trabajo hemos de referirnos ahora, y únicamente reproduciremos de él, los siguientes fragmentos que, en nuestro concepto, sintetizan la vida y el carácter de la obra literaria de la eminente autora de *Saga de Gosta Berling* y de *Jerusalén en Dalecarlia*.

«Selma Lagerlof había nacido en un hogar pobre, allá en una aldea, Morbacka, en la provincia de Vernland. Su infancia, obscura y humilde, deslizóse en esos lugares, en contacto con los campesinos y con la madre tierra. Así de ambas cosas empa-

pose su espíritu. Salvo los años de sus estudios de maestra de escuela, profesión que ha ejercido algún tiempo, y los años que con una subvención oficial pasó en el extranjero, Selma Lagerlof ha vivido siempre en el rincón nativo, arraigada en él como un árbol centenario...

»Ella no es una novelista en el completo concepto del género novelesco. Tiene amplitudes de poeta épico que escribe la epopeya de un pueblo y de una raza, abandonándose a veces, exaltada por el sentimiento patriótico, a los desbordamientos líricos. No tiene la parvedad, el sentido analítico, la seguridad en el trazo ni cava en las honduras psicológicas de un novelista que transporta a los libros la vida compleja, espiritual en lo íntimo, pintoresca y activa en lo externo, de una sociedad. No; ella en



La eminente escritora sueca Selma Lagerlof, recientemente nombrada miembro de la Academia de Suecia. (De fotografía.)

sus creaciones no representa ni una sociedad ni una época. Pero representa más. Ella representa la tradición de una raza y la vida histórica superviviente de todo un pueblo.»

LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

La segunda vez y todas las demás que siguieron, Pacot pasó la noche en el hangar, arrollado en una manta y con un buen revólver en el bolsillo. No deseaba tropezar con un mal intencionado, pero no habiendo más que ajustado y limado las piezas, le hubiera encantado el poder contribuir de una manera más resonante a la entrada de aquel aeroplano en el mundo.

Entre aquellas cuatro paredes, mientras los otros dormían, él era el centinela. Pero Pacot no tuvo que habérselas con ningún malhechor ni con ningún curioso interesado, ni siquiera con el vagabundo que la primera noche trató sin duda de abrir con su cuchillo la puerta de aquel magnífico dormitorio.

El aparato que montó Rouard no voló mucho más, a pesar de un motor más poderoso y de una hélice mayor. Hizo lo que los aviadores llaman un vuelo de gallina. Las alas tenían la curvatura suficiente, pero no eran lo bastante lisas; además el aire no las hería en el sentido oblicuo que era menester, y se combaban.

Un nuevo ensayo, con las alas mejor construídas, demostró que la cola era defectuosa. Mientras que la parte anterior del tubo longitudinal reposaba sobre un chasis, la posterior dejada en libertad, porque no sostenía ni la arboladura ni el gobernalle, no tenía ningún punto de apoyo. Al partir el aeroplano, el aire donde giraba la hélice se metía encima de la arboladura a derecha e izquierda torciendo la cola. El aparato saltaba entonces y perdía toda estabilidad.

Estos sucesivos fracasos, lejos de desanimar a Andrés habían disipado en él todos sus temores nerviosos. Al señalarle las modificaciones necesarias le patentizaban al propio tiempo la excelencia de sus concepciones; no se había engañado. Muy pronto podría escribirle a su madre, a quien tenía hasta entonces en la ignorancia, que el aeroplano volaba. Pacot tampoco dudaba de que Andrés vencería al fin. Y así fué en una mañana de julio con un tiempo tranquilo, al ensayar el cuarto aparato. Rodó unos cien metros y después abandonó el suelo.

- Se eleva, dijo Pacot.

- Se eleva, repitió Rouard.

Con la mano puesta ante los ojos, llenos de ansiedad, ambos seguíanle con la mirada. El aparato manteníase aún a unos treinta metros de altura, en línea recta, con sus grandes alas inmóviles; luego se elevó a unos cuantos metros hasta que en ascensión gradual pronto se puso a una centena de metros, trazando una estela argentada. De repente inclinóse a un lado.

- Va a caer, murmuró Pacot aterrado.

No fué así, sino que formando al virar un ángulo demasiado abierto, salió del campo, pasando al descender, por encima de los pastos de los bueyes, que, espantados por el ruido del motor y la siniestra aparición de aquel pájaro gigantesco, echaron a huir en un galope desenfrenado. Por fin Andrés aterrizó saltando a tierra. Pacot, que, para reunirse a él, había salvado el canal sobre un puentecillo, le estrechó ambas manos gritándole:

- ¡Bravo! ¡Bravo!

- ¡Ah!, exclamó Andrés con el rostro radiante, todo el espacio era mío. Podía mirar a todos lados sin trabas ni obstáculos.

Y sonriendo como para poner un freno a su alegría, dijo con un acento más tranquilo:

- Es un buen aparato.

Rouard acercábase sin darse mucha prisa, acompañado de los tres hombres que le habían ayudado a poner el aparato en movimiento.

Andrés volvió a salir. Los pastos tenían la suficiente extensión para que el aeroplano pudiese con toda libertad tomar arranque; pero al avanzar el motor resoplante, un pánico loco precipitó a los bueyes que se habían detenido en las lindes a un campo de trigo contiguo.

Sin embargo el aparato subió, viró y aterrizó a cien metros del hangar, pero con una parada tan brusca que fué causa de que se rompiera el juego amortiguador. Esto era un accidente sin importancia. El aparato había volado, volado de verdad y a pesar de aquel brusco aterrizaje, el chasis no sufrió ninguna avería, lo que probaba la solidez de su construcción.

Transcurrieron algunos instantes. Pacot oyó que alguien los llamaba. Un hombre corría hacia ellos haciendo grandes gestos. Era el alcalde.

- Le felicito a usted calurosamente, Sr. Crayán, dijo en el tono paternal que empleaba siempre. Su máquina ha volado divinamente. Sin embargo, ya recordará usted que le encargué que tuviese mucha prudencia... Mientras me paseaba, he estado observándolo... ¡Muy bien!, pensaba yo... Y he aquí, que de pronto, se abate usted sobre los pastos... A mí eso no me importa... Pero no le pasa lo mismo al dueño de los bueyes... Uno de los animales se ha roto una pata... No es eso solo... Los otros han invadido el campo de trigo... y, ¡qué diantre!, un rebaño de bueyes metiéndose al galope en un campo de trigo ocasiona siempre perjuicios... El dueño de los bueyes está furioso y por más que he hecho no he podido calmarle... Exige una indemnización... Y el dueño del campo piensa hacer lo mismo.

Pacot estaba pálido de ira.

- En primer lugar no es cierto que estuviese allí el dueño de los bueyes. Le hubiésemos visto.

- Está bien, dijo Andrés que no quería entrar en discusiones, que fije la indemnización y se la pagará.

- De acuerdo, Sr. Crayán; pero es de temer que los demás propietarios me exijan que no le permita a usted volar.

- El campo me pertenece.

- Quién lo duda, pero los colindantes no le pertenecen a usted... Y yo tendré que verme en el caso de apoyar a mis administrados.

Y después de una breve pausa dijo en tono indiferente:

- Porque usted, Sr. Crayán, aquí en la comarca es un forastero. Y los picardos no pueden ver a los forasteros.

Pacot quiso replicar, pero Andrés le contuvo y el Sr. Peudecoeur alejóse.

Pacot, indignado, amenazábale con el puño.

Después de tu triunfo uno puede solicitar una breve licencia, ¿no es cierto? ¿Te disgustaría que yo me fuese por algunos días?, dijo Rouard a Andrés atusándose el bigote. Siento la nostalgia de París.

VII

Mientras Rouard festejaba en París su licencia con sus camaradas de taller, Andrés se puso en seguida a trabajar otra vez en el Catois.

Cuando al abandonar el Canadá regresaba a Francia, decidido a consagrar toda su actividad a la naciente aviación, pero indeciso e inseguro todavía sobre los medios, la aparición de un pájaro inmóvil contra el viento, encima del bosque, fué para él un súbito rayo de luz.

En el estado actual del vuelo mecánico, un aeroplano al revés de un aerostato, no se mueve más que porque su rapidez propia, muy superior a la del viento, le permite vencer el obstáculo opuesto por el aire; esto es una ley. Le es imposible permanecer inmóvil y, por ejemplo, para estacionar en una región determinada, se ve obligado a describir grandes círculos sin alejarse demasiado del sitio en que quisiera detenerse. Un aeroplano no será verdaderamente dirigible en el sentido exacto de la palabra, sino el día en que el aviador, al igual de un chofer de automóvil, podrá a su guisa y talante acelerar o moderar su rapidez.

El problema que Andrés quería resolver oponíase pues a uno de los principios esenciales de la aviación. Como se lo había confiado a Rouard no cesó de estudiarlo durante los tres años que estuvo en casa de los Bregeux. No solamente su trabajo cotidiano en el taller o en los mitines habíale familiarizado con los aparatos, con su construcción, sus cualidades, sus defectos; sino también sus conocimientos científicos, unidos a su imaginación audaz y rápida en aquel orden de cosas, habíanle llevado a concebir más allá de lo que existía y, sin ceder a fáciles ilusiones, lo que podría existir más tarde.

Cuando solo en su cuartito de Neuilly, a horas muy avanzadas de la noche inclinábase sobre sus libros y sus planos, estaba seguro de no buscar nada que fuese insensato. Otros lo habían buscado antes que él sin obtener un ligero resultado; pero al fin al-

guien tenía que dar con la solución del problema ¿y por qué no tenía que ser un francés?

Desde el principio tuvo la convicción razonada de no imitar la naturaleza; el hombre va más allá de la naturaleza, pero no la imita; el barco no copia al pez. Cierta que el pájaro constituye un admirable aparato de aviación; pero especial, porque no tiene más que un órgano, las alas, para sostenerse y moverse, y ningún pájaro pesa más de diez kilogramos.

Sin duda a causa de que los grandes pájaros emplean casi exclusivamente el vuelo plano y los pequeños vuelan como si remaran, ha podido deducirse la conclusión de que el vuelo mecánico debe imitar al primero y que por consiguiente un aparato debe atacar el aire oblicuamente. Pero no se ha intentado imitar la estructura inimitable del ala. Esto y luego la utilidad de la extensión de las alas, la excelencia de las que están henchidas en su parte anterior y adelgazadas en su posterior y algunas formas notables de carena es todo lo que enseña y propone la naturaleza.

Una solución encantó a Andrés a causa de su sencillez.

¿Qué es lo que quería conseguir? Ir de prisa o despacio, según su capricho, y ni avanzar siquiera, si así era su voluntad. Pues bien; para aumentar o disminuir la rapidez es preciso aumentar o disminuir el velamen. ¿Esta disminución y este aumento no podría obtenerlos mecánicamente, con sus alas metálicas, por medio del procedimiento del abanico que desplegaría una superficie portátil, replegada bajo la primera? ¿Y el pararse en pleno cielo, no podía obtenerse por el juego de unas hélices contrarias, una hélice de eje vertical que ayudaría a la sustentación y otra hélice propulsora de eje horizontal? En esto compartía la teoría del coronel Renard. El aparato de lo porvenir comprendería superficies planas y hélices propulsivas como los aeroplanos modernos, y hélices de eje vertical como los helicópteros.

Andrés dejaba de lado la cuestión del motor. Cierta, no se le ocultaba que un motor actual no le vantaría quizás fácilmente un aparato tan pesado, pero puesto que el motor perfecto, tan potente como lo recientemente construídos pero mucho más ligero, no existía, serviríase de lo que le ofrecía la ciencia moderna. Su aeroplano con aquella espiga de acero, alma longitudinal del navío aéreo sobre la cual podría él montar fácilmente todo lo demás, le ofrecía una comodidad única de realización.

Andrés anunció a su madre en una carta, muy alegre, el vuelo de su pájaro. La señora de Crayán contestó preguntándole si no pensaba tomarse un cuanto tiempo de reposo. Muy pronto saldría ella para el campo, para Alsacia, en donde hacía un año que poseía en Rostheim una propiedad procedente de una lejana herencia. Ella iría sola, pues Pedro invitado en Deauville, en casa de unos amigos, no la acompañaría. La señora de Crayán estaba demasiado fatigada para afrontar la bulliciosa agitación de una playa a la moda... Rogábale que fuese... Nada le retenía ya en el Catois hasta la apertura del salón aeronáutico... Deliberadamente olvidábase del vuelo inmóvil. Andrés se lo recordó.

Aquel plan que le había costado tres años largos de estudios, Andrés quiso realizarlo con una rapidez que asustaba a Pacot.

- Tiene usted tiempo, Sr. Andrés, le decía Pacot, no hay necesidad de darse tanta prisa.

Pero Andrés tenía el ardiente deseo de triunfar antes que los otros, porque se creía en posesión de la verdad. Puesto que el aparato construído para el vuelo ordinario no había burlado sus esperanzas, cuando le modificara para el vuelo inmóvil acontecería lo mismo.

- Desconfíe usted, Sr. Andrés, le decía a menudo Pacot.

Pero Andrés estaba lleno de la más absoluta confianza. Pacot le aconsejaba que construyera en el mismo Catois, sin darse prisa y con sus propios recursos un nuevo aparato; ajustárasele y se harían ensayos en el acto, corrigiéndole y mejorándole. Luego cuando llegara la primavera transportarían el aparato ya completamente listo a Reims, a Villacoublay o a Etampes. ¡Qué de peligros no se esconden en una precipitación inútil!

Andrés no le hizo caso. Las indemnizaciones que había tenido que pagar a los dueños de los pastos y la singular prohibición del alcalde de volar en días determinados habíanle hecho aborrecible el Catois. El aparato fué expedido a París a casa de un constructor y allí bajo la dirección de Andrés, que no sólo activaba el trabajo con su presencia, sino que ayudaba a los obreros infatigablemente desde que salía hasta que se ponía el sol, cambiósese el motor por otro más potente, ajustóse sobre la espiga de acero la hélice vertical detrás de la hélice de eje horizontal y se colocaron bajo las alas fijas las ruedas amovibles, empleándose el mismo sistema que en los automóviles para producir o detener el movimiento, ora alternativo ora simultáneo de las hélices.

Pacot protestaba contra aquel trabajo «a paso gimnástico», según su calificación, mientras ponía a su servicio toda su habilidad y todo su celo.

Rouard las más de las veces contentábase con vigilar.

Andrés no tardó mucho en notar que la permanencia de Rouard en París había despertado en él el afán de gozar de la vida. Disfrutando de los placeres de la capital, Rouard se había hecho a la existencia muelle.

No es que no le interesara la aviación, pero no la que se confina entre los cuatro muros de un taller sino la que se expande y bulle en los mítines y círculos de Francia y el extranjero y proporciona una vida bulliciosa y alegre.

Sin sentir ni la pasión ni el entusiasmo que le hiciesen más llevadero el destierro del Catois, estaba persuadido — pues él no participaba de la ciega confianza de Andrés — que tendrían que volver a enterrarse allí para buscar en la soledad monótona la solución de un problema insoluble.

Irían en el otoño y sorprenderían allí el invierno. En aquella aldea perdida, ¡qué tristeza tan grande! ¡No, él no se sentía con valor para aceptar semejante existencia!

— No cuentes conmigo para subir, le dijo un día a Andrés.

— Siempre he tenido la intención de subir solo, respondióle Andrés.

Y era cierto. Siempre creyó que nadie debía compartir con él el peligro. Pero semejante prueba de desconfianza, al revelar la poca fe que tenía su colaborador en su obra, causóle una pena muy viva. Sin embargo, disimulóla hábilmente.

Conocía algo a Boulet, un aviador célebre, que después de haber hecho numerosos ensayos, había alquilado cerca de Etampes, al lado de la escuela militar, un campo de experiencias y de excursiones. El día 14 de agosto el aparato estaba ya en un cobertizo.

Andrés pasó toda una semana con Rouard y Pacot en una granja situada a dos kilómetros de Etampes y cuyo industrioso propietario la había convertido en hotel. Como iba al aeródromo por la mañana y tarde, trabó muy pronto amistad con sus vecinos, los oficiales de la Escuela militar, conquistado por su buen humor y por aquella sencillez con que estaban dispuestos siempre, con método y disciplina, y sin ningún aliciente de recompensa o gloria, a arriesgar su vida.

Allí, una nueva generación utilizaba para heroísmos nuevos las viejas cualidades de la raza durante algún tiempo adormecidas, la alegría despreocupada, la audaz presencia de ánimo y el elegante desprecio de la muerte.

— Esos hombres, Sr. Andrés, decía Pacot, son capaces de taparles la boca a los antimilitaristas.

Andrés comía a menudo con ellos y entretenidos en largas conversaciones prolongábase la velada más de la cuenta. Fortaleciéndose con su valor, comprendía cada vez más la magnífica reserva de energía que constituye el ejército. El que imaginábase superior a los demás hombres, ¿qué había hecho hasta entonces para que se tuviese en tan alta estima a sí mismo?..

Cuando los oía hablar con tanta naturalidad de las terribles necesidades de su profesión y evocar con tanta naturalidad la memoria de las víctimas:

«¡X!.., ¡ah!, sí, se mató en Buc... ¡Z!.., ¡ah!, sí, se mató en Verdún.

Confuso y casi avergonzado de verse entre ellos, sin que ciñese su frente la más débil aureola de una hazaña ardía en deseos de igualarlos y de superarlos.

Todos ellos habían examinado su aparato, algunos con elogio y otros con reserva, teniendo en cuenta que no eran inventores sino pilotos. Pero como no se admiraban ya de nada, no les sorprendió lo que les dijo Andrés... lo mismo podía triunfar que podía matarse. Únicamente un contraaestre de

Boulet, un enorme mocetón, cubierto siempre de sudor, vestido de un tejido de punto azul, con un pañuelo alrededor del cuello, con la pipa en la boca, repetía siempre sin que pudiera discernirse si era admiración o burla:

«¡Consagrado aparato! ¡consagrado aparato.»

Como al séptimo día la atmósfera le pareciera propicia, Andrés, que estaba deseando salir de su inacción, dijo a Pacot que volaría por la tarde. Al llegar al campo vió a Gastón Le Dorat que estaba hablando con Boulet.

Este encuentro inesperado le contrarió.

— ¡Qué casualidad!

— No es casualidad, repuso Le Dorat, tengo negocios con Boulet y vengo aquí algunas veces... Supe que hoy iba usted a ensayar el vuelo inmóvil... y entonces...

— ¿Mi madre no sabe nada?

— Nada... Además no he visto a la señora de Crayán... De todos modos no la habría dicho ni una palabra.

— ¡Gracias!

Andrés añadió por pura cortesía:

— ¿Ha venido la señorita Le Dorat?

— No.

— ¿Tampoco ella sabe nada?

— Sí, pero...

— ¿Qué?

— Dispénsese usted, no la interesaba.

— ¡Ah!, dijo Andrés algo resentido.

Decididamente, Magdalena no le perdonaba el haber acogido con ironía desdeñosa sus entusiastas aprobaciones. Y efectivamente, hubiera debido ser más cauto en la expresión de sus sentimientos, pues al fin la joven era una mujer y una amiga de su familia. Debía de estar muy enojada cuando ella, que era tan ávida de los sucesos sensacionales, no asistía a aquel vuelo cuya fecha no ignoraba. Tenía un alma altiva.

Andrés preguntó:

— ¿Se ha quedado en París?

— No, me espera en Etampes, en casa de unos amigos. Espero que tendremos el gusto de que coma usted con nosotros.

— ¡Oh!, esta noche tengo interés en comer con Rouard y Pacot.

Iba cayendo la tarde; los grandes biplanos de Boulet entraban en sus cobertizos y los pocos aficionados que habían hecho una breve excursión por el espacio regresaban a Etampes.

Bajo la cubierta metálica de la que habíanse descorrido las telas, Rouard verificaba el aparato. Pacot trajo a Andrés su jersey y su casco. Le Dorat se alejó algunos instantes, volviendo luego.

— Su aparato de usted, por lo que veo, es ahora una combinación del helicóptero y del aeroplano. Me sorprendería que marchase.

— Pronto lo veremos, dijo Andrés tranquilamente mientras abotonábase el jersey.

Le Dorat callaba.

— Querido, repuso al fin haciendo un esfuerzo como si vacilase, ha realizado usted un tipo muy original de aeroplano..., no puede negarse. Si yo estuviese en su lugar — se lo repito porque considero que es un deber mío — hubiese establecido dos o tres records — con uno hubiera bastado — y lo habría presentado a la comisión militar. Precisamente eso es lo que le hace falta al ejército, un aparato sólido, ligero, sencillo... Además, por medio de un record probaba usted lo que vale... Déjese usted del vuelo inmóvil — aun está usted a tiempo — quite usted esa hélice de eje vertical y las dobles superficies portátiles. Contrate usted a un buen piloto que pasee su marca por los aeródromos y en noviembre exponga su aeroplano en el salón aeronáutico... Pague usted poco o mucho reclamo en algunos periódicos..., yo me ocuparé del negocio, lo lanzaré..., tengo amigos en el ministerio..., y después de haber hecho sus ensayos ante la comisión militar en Reims y en Villacoublay, recibirá usted pedidos... Entonces constituimos una sociedad por acciones y se convierte usted en constructor del ejército..., una posición soberbia... Me presta usted un favor muy grande, lo confieso... Pero yo también le soy útil, muy útil... Aquí, entre nosotros, tendrá usted una suerte muy grande si no se rompe la crisma con ese vuelo inmóvil.

Apoyado en la débil valla de madera que separaba el campo del camino, Andrés escuchábase sin irritación, divirtiéndose casi. Reclamo en los periódicos, una sociedad por acciones, intrigas en las oficinas, pedidos militares, todo aquel plan tan sensato de hombre práctico, hacíale gracia, a la vez que como una quimera, como una puerilidad. Recorrer las redacciones, perder el tiempo en negociaciones y trámites, solicitar protecciones, parecíale mucho más

difícil que subir a su aparato y volar. Y ¿para qué? ¡Dios mío!, ¿para ganar dinero? Él no tenía necesidad de ganar dinero; con el que poseía bastábase para sus trabajos.

— ¿Qué responde usted?, interrogó Le Dorat.

Pacot se acercó entonces.

— Sr. Andrés, si usted quiere ya es hora de salir.

— Esta es mi respuesta, dijo Andrés.

Y se dirigió hacia el aparato.

El cielo desplegaba su inmensidad infinita, de un azul pálido sobre el campo más sombrío hacia la izquierda y, en el fondo, hacia la derecha, casi blanco. Algunos alumnos se ocupaban en transportar aeroplanos que no podían elevarse.

Varios obreros sacaron del hangar el aparato, de una apariencia sólida con sus hélices y sus grandes y compactas alas.

Algunos oficiales acudieron a presenciar la operación.

— ¿De modo que va usted a subir precisamente ahora?

— Ahora.

Andrés sonreía para ocultar la emoción que de repente habíase apoderado de él oprimiéndole el corazón.

El azul del cielo argentábase y los grillos comenzaron a cantar.

Pacot vertió bencina en el depósito y aceite de ricino en los engrasadores.

— ¡Hasta la vista!, le dijo Andrés a Le Dorat.

Se puso el casco y se irguió en el asiento.

Rouard puso en movimiento la hélice horizontal.

Andrés volviósese hacia él, cuando de pronto se detuvo un automóvil en el camino; algunos curiosos, entre los cuales distinguíase a una mujer vestida de blanco, pusieron pie a tierra.

Otros aeroplanos emprendían el vuelo desde la Escuela militar, hendiendo el aire con impetuoso arranque, perdiéndose, difundiéndose muy pronto en la lejanía. Resopló el motor; el aire, hendido por la hélice, hacía encorvarse a las hierbas que enrojecía el sol poniente y hacía tremolar como una tela al viento los pantalones azules de los hombres, agarrados fuertemente a la parte posterior...

Andrés agitó el brazo y los hombres soltaron su presa.

Primero el aparato enfiló derechamente el aire, pero con pesadéz como si no pudiese abandonar el suelo, después saltó, volvió a bajar, saltó otra vez, elevándose al fin... Oíase el ruido del motor, algo amortiguado, a veces, acabando por último por no oírse ya nada...

Andrés oía incesantemente aquel rugido chisporroteante, aquella agitada respiración de su pájaro y por muy alto que estuviese, al oírlo, no se sentía solo en la desierta inmensidad; acompañábase por ella un ser fiel creado por su inteligencia y por sus manos. Entonces deslizándose por el aire como en un elemento que no fuese fluido sino sólido y casi tangible le entró la embriaguez de volar.

La hélice, a sus espaldas, no producía violentos remolinos y un espacio infinito desenvolvíase ante sus ojos. No era ya el aparato el que volaba sino él, que inclinaba sobre el volante, libre de la tierra y de los hombres, libre casi de su envoltura corporal, corría hacia el sol que, enorme y sangriento, rasaba el borde del horizonte...

Andrés, de pronto, volvió a recobrar el uso de la razón... ¿Estaba allí acaso para volar por su gusto? No pudo por menos de sonreír ante aquella locura. Una virada, oponiéndole contra el viento, le llevó otra vez hacia el campo. El aire silbaba entre los obenques que gemían a su soplo. A sus pies los trigales, los sembrados y las alfalfas extendían con poderoso relieve sus líneas regulares y paralelas. El júbilo de la victoria próxima apoderóse de su espíritu...

Hallábase a unos cien metros de altura... Vió en el mismo sitio en que él había estado no hacía más que unos cuantos instantes con Le Dorat aquel mismo traje blanco de mujer y pensó instintivamente que podía ser muy bien Magdalena.

Hizo maniobrar la palanca de descenso, pero apenas hubo notado con un sobresalto de júbilo el movimiento contrario de la hélice vertical, cuando el aeroplano empezó a descender girando sobre sí mismo. Andrés tuvo miedo.

¿Por qué giraba el aeroplano de aquel modo en lugar de continuar, disminuyendo su marcha contra viento?

Con un gesto violento oprimió el martinete de las alas; toda su sangre helóse en las venas; el martinete no funcionaba.

Oprimió enérgicamente con más fuerza pero no se agrandó más que el ala derecha y el aparato desplomóse en el suelo.

VIII

Resonó un grito de horror, y una mujer vestida de blanco, adelantándose a todos los demás, precipitóse hacia el aeroplano que acababa de estrellarse aparatosamente.

¡Era Magdalena!

A la caída de la tarde, decidióse a subir hasta el aeródromo, no impulsada por la curiosidad como hubiese podido creer Andrés, sino por un interés y una admiración muy naturales en un alma joven. Había acudido allí con el propósito de regresar a Etampes, una vez terminada la experiencia, para que Andrés, a quien como ella no ignoraba sacaba de tino su presencia, no pudiese verla.

Magdalena, al principio, no pudo ver más que un montón informe de tubos torcidos, de hélices rotas, de alambres enredados unos con otros, en medio del cual, se alzaba hacia el cielo la espiga de acero; la joven arrodillóse y vió entonces a Andrés, detrás del asiento intacto, replegado sobre sí mismo, con la cabeza tumefacta y llena de sangre.

Magdalena llamóle en balde.

En aquel momento llegó Pacot, precediendo a Rouard y a los mecánicos y espectadores que habían saltado por las barreras, derribándolas.

Pacot no perdió el tiempo, lamentando estérilmente una caída que confirmaba sus anteriores celos.

Pálido, dirigía los trabajos de los hombres para levantar del suelo todo lo que pudiesen del aeroplano y luego, ayudado por Rouard, sacaba suavemente de entre la hierba, fuera de los restos del aeroplano, el cuerpo del desgraciado Andrés que era casi un cadáver.

— ¿Vive todavía?, preguntó ansiosamente Magdalena.

Pacot, con el oído aplicado al pecho de Andrés, no sentía latir su corazón.

En esto, llegó un médico que estaba de servicio en la Escuela militar. Varios zapadores alejaban de allí a los curiosos. De pronto hizose un profundo silencio; el doctor tuvo durante un largo espacio de tiempo la muñeca de Andrés en su diestra; luego, rasgándole la ropa apoyó su oído contra su pecho desnudo.

Nadie atreviase a interrogarle.

— ¿Y bien, doctor?, dijo Magdalena.

— Vive. El pulso y el corazón laten aún, pero tan débilmente que los percibo apenas.

El doctor examinó los miembros, que, por dicha, estaban sin fractura.

Echaba sangre por los oídos y por la nariz, pero no era esa serosidad sanguinolenta que delata una fractura del cerebro.

Dos hombres trajeron una camilla. Extendieron en ella a Andrés, inerte, y Pacot pasóse por encima del hombro una de las correas de las parihuelas.

— ¿Adónde le llevan ustedes?, preguntó Magdalena.

— Al hospital, dijo Pacot.

— No se le puede llevar a otro sitio, indicó el médico.

¡Al hospital! Esta palabra llenó de terror a Magdalena. Si la señora de Crayán sabía que su hijo estaba en el hospital enloquecería de dolor... Para muchos el hospital no es más que la puerta del cementerio... Y era preciso darle la nueva a la señora de Crayán con muchas precauciones.

Magdalena recurrió en seguida a su hermano. ¿No querrian los amigos de Gastón admitir a Andrés en su casa, en aquel hotelito tranquilo y sosegado que habitaban en el centro de la población? Dirían a la señora de Crayán que Andrés había sufrido una caída, grave, sin duda alguna; pero que no ponía en riesgo su vida y que estaba en Etampes en casa de unos amigos; así el golpe sería algo menos rudo para ella.

Además, ¿en aquel hospital laico, cómo cuidarían a Andrés? Le Dorat, al ser consultado, dió su aprobación y, seguro de que sus amigos no se negarían a ello, partió inmediatamente en su automóvil para prevenirlos.

— Sí, eso será mejor, aprobó Pacot.

El pobre hombre hacía grandes esfuerzos para no llorar. A la luz suave y tenue del crepúsculo, Magdalena, como una blanca aparición, marchaba al lado de la camilla, que tomó el camino de Etampes.

Pasaron seis días y Andrés, a pesar de las inyecciones de suero y las aplicaciones de hielo a la cabeza, continuaba como un muerto.

La puerta del cuarto se abrió para dar paso como todas las tardes al Dr. Chatelier, un amigo que Le Dorat apresuróse a mandar desde París.

La señora de Crayán, sentada a la cabecera del lecho de su hijo, no le oyó entrar.

Magdalena, que ayudaba a la hermana, preparaba las hilas y los medicamentos, adelantóse a su encuentro.

— ¿Ha hablado?, preguntó el médico.

— No.

— ¿Se ha movido?

— No.

Afuera, detrás de la ventana, los castaños de un gran jardín extendían sus ramas. Ningún ruido subía de la calle solitaria donde la paja esparcida amortiguaba el ruido de los escasos coches que pasaban por allí.

El médico acercóse al lecho.

— ¡Ah!, ¿es usted doctor?, exclamó la señora de Crayán.

Y cogiéndole la mano añadió:

— ¿Le salvará usted no es cierto, doctor?

Chatelier que era enemigo de las súplicas estériles, pudo, a duras penas, reprimir su natural impaciencia.

— Señora, en este momento es muy poco lo que puedo hacer..., no podemos confiar más que en la naturaleza. Una conmoción general determina siempre un estado comatoso que dura varias horas o varios días...

— ¡Es horrible!, ¡horrible!, repetía la señora de Crayán, con el rostro entre las manos.

El doctor Chatelier repuso con un poco más de amabilidad.

— Ya se lo he dicho a usted, señora..., y dispenseme que se lo vuelva a repetir, vale más que no esté usted en este cuarto... La ayuda de la señorita Le Dorat que es muy preciosa nos basta a la hermana y a mí.

— Sí, si ya sé que yo soy una inutilidad, dijo lamentándose.

Y bañada en lágrimas obedeció la indicación del médico.

Chatelier, sin volverse a acupar de ella, levantó un poco la manta. Inclinado hacia el herido le pellizó bruscamente al nivel del biceps; ni un solo movimiento delató que el joven sintiese nada.

Magdalena, del otro lado de la cama, observaba el rostro de Andrés. Ya, la víspera, el médico había ensayado aquellas excitaciones. Deslizándose la mano bajo la camisa, pellizó más fuertemente en la región abdominal y entonces se contrajeron los músculos de la faz.

— ¡Ah!, exclamó Magdalena, ha desaparecido la insensibilidad.

El médico seguía pellizcando y Andrés hizo una mueca, abriendo después los ojos; el médico no soltaba por eso la carne que apretaba entre el pulgar y el índice. Andrés suspiró. El médico cesó de pellizcar y Andrés volvió a sumirse en el estado comatoso.

— Ahora sí que tengo esperanzas, señorita, dijo Chatelier, tanto es así que voy a darle ánimos a la señora de Crayán.

Magdalena le acompañó hasta la puerta, volviendo en seguida al lado del enfermo.

Un gran júbilo repentino la inundaba el alma, una alegría muy natural y que no la causaba la menor sorpresa, la alegría de pensar que Andrés viviría, ahorrando a la señora de Crayán el horroroso dolor de su muerte.

Cuando Chatelier daba esperanzas es que estaba seguro de la curación.

Fueron aquéllos los primeros minutos de tranquilidad para Magdalena, al cabo de una semana en que no abandonaba la habitación del herido más que para irse a dormir, y los saboreaba con una especie de suave voluptuosidad.

Después de haber acompañado a Etampes a la señora de Crayán, quiso volver a París, por creer que el sitio de una mujer joven no estaba a la cabecera del lecho de un hombre...

La señora de Crayán, sin embargo, le suplicó que se quedara... Ella no estaría tranquila si se iba Magdalena... Magdalena no debía abandonarla en una prueba tan dura... Y Magdalena consintió.

Un deseo orgulloso y oculto la impulsaba a demostrar lo que ella valía moralmente, bajo aquellas apariencias tan frívolas, que Andrés como otros no supo desentrañar... Si hasta entonces no había derrochado su actividad más que en ocupaciones fútiles, es porque no hallaba modo de emplearla de otra suerte.

Al menos, esto era lo que ella se decía a sí propia para explicarse de una manera satisfactoria la pena que hubiera experimentado alejándose de allí. Nadie, en efecto, hubiese reconocido al verla tan sencillamente vestida, a la elegante parisina de los trajes extravagantes y llamativos, de una loca temeridad, convertida, ahora, en una buena enfermera. Sus ojos posáronse maquinalmente en las ramas de los casta-

ños que tocaban casi en la ventana. ¡Aquellos castaños tan cerca, con un follaje tan espeso y por encima de sus copas el cielo azul tan claro! ¡Cuántas veces lo había visto, sin haberlo mirado, siquiera una sola vez!

Al día siguiente, al entrar Magdalena en el cuarto, Andrés se movió.

Ella corrió hacia él.

— ¿Quiere usted algo?

Magdalena le hizo esta pregunta, sin esperanzas de que él le respondiera.

Andrés miróla pesadamente y luego murmuró:

— ¿Quién es usted?

Magdalena repuso desconcertada ante aquellas palabras pronunciadas por él con una voz vaga e indecisa:

— Magdalena.

Andrés repitió maquinalmente:

— Magdalena.

Ella contestó:

— Magdalena Le Dorat.

Él no la oyó; aquel nombre no significaba nada para él, volviendo a hundir la cabeza inerte en la almohada. Pero ya había hablado. Y Chatelier aseguraba que en cuanto hablase estaría sin duda fuera de peligro.

— Señora, señora, dijo a la madre, Andrés ha hablado.

La pobre mujer precipitóse en el cuarto. Puesto que había hablado con Magdalena, con más razón hablaría con su madre.

Inclinada hacia él repetíale:

— Soy yo hijo mío..., tu madre.

Pero él no desplegaba los labios.

De tiempo en tiempo, movimientos convulsivos sacudían sus manos y sus brazos, extendidos sobre la sábana.

Aquella tarde declaró el médico que Andrés se había salvado. En efecto, lentamente, pero con paso firme y seguro Andrés renacía. Seis días más tarde conoció a su madre, a su hermano y a Magdalena.

Tenía aún vértigos cefálicos, la memoria confusa y aun abolida para ciertas cosas. Por ejemplo, había olvidado por completo su vuelo y su caída. Al cabo de una semana sus recuerdos fuéronse despertando y entonces Chatelier aconsejó a Magdalena que le hablara del accidente.

La joven estaba sentada con la señora de Crayán, cerca del lecho, con la espalda vuelta a la ventana y Andrés, acostado de lado, levantaba un poco hacia ella su cabeza vendada, que apoyaba en la mano.

— Yo sabía que iba usted a volar, comenzó Magdalena subrayando las palabras, como el médico se lo había recomendado, y no quería venir y, sin embargo, vine.

El interrumpióla:

— ¿Por qué no quería usted venir?

Magdalena ruborizóse.

— Temía que mi presencia le disgustase... Como que antes...

Andrés se acordaba muy bien de lo que era más antiguo, pero no aludió a nada. Después de un instante de haber buscado en su memoria, dijo:

— Había allí un automóvil, un vestido blanco...

— Señorita, la ruego que no emplee detalles inútiles, insistió el médico. Cuénteles usted el accidente con toda sencillez.

Magdalena prosiguió.

Andrés escuchábala con una atención que fruncía sobre sus cejas, lo que los lienzos de la venda permitían ver de su frente.

— Le costó a usted bastante emprender el vuelo, después partió usted en línea recta y subió muy arriba... parecía como si se hallase usted sometido de un raptó de demencia. Su aparato no era más que un punto imperceptible en el espacio... Nadie se preocupaba de usted... Atraía las miradas de los curiosos y de los aviadores un biplano que aterrizaba. Por fin empezó usted a descender... ¡Ah!, no me engañé, era usted. Y de repente su aparato se puso a dar varias vueltas.

Magdalena llevóse la mano a los ojos con un gesto de espanto.

Andrés trataba de recordar todo lo que ella la decía.

— ¡Vamos!, ¡vamos!, decía animándole el doctor Chatelier.

— No me acuerdo, dijo Andrés con una débil sonrisa de desencanto.

— ¡Basta por hoy!, ordenó el médico.

— Quisiera hacer una pregunta, rogó Andrés. Ha habido siempre alguien al lado de mi cama..., una mujer, ¿no es cierto?

— La hermana, dijo Magdalena.

— No, no era hermana..., era otra mujer.

(Se continuará.)

ROMA. - CONSISTORIO PÚBLICO CELEBRADO EN EL VATICANO PARA LA IMPOSICIÓN DE LA BIRRETA A LOS NUEVOS CARDENALES



Los nuevos cardenales en la presencia del Papa antes de imponerles la birreta cardenalicia. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

El día 28 de mayo último celebróse en el Vaticano, con la solemnidad acostumbrada, el Consistorio público para imponer la birreta a los nuevos cardenales creados en el Consistorio secreto del día 23, en el que nos ocupamos en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Los cardenales a quienes se impuso la birreta fueron los monseñores Beguin, Serafini, della Chiesa, Sevin, Bettinger, Hartmann, Giustini, Lega, Gasquet y Hornig.

Al acto asistieron veintitrés cardenales antiguos, las familias de los nuevos cardenales, numerosos representantes de las diócesis a que éstos pertenecen, muchos obispos, los caballeros de la Orden de Malta, el Cuerpo Diplomático, las hermanas y las sobrinas del Papa y gran número de invitados.

Los nuevos purpurados, revestidos de la capa magna de púrpura, cuya larga cola arrastra por el suelo, se arrodillaron por grupos en la capilla Sixtina delante del altar en el cual los días de conclave habrán de depositar sus votos, y a invitación del cardenal vicesecanciller y en presencia de los tres cardenales decanos de las órdenes de los obispos, de los presbíteros y de los diáconos, pronunciaron con voz lenta la

fórmula del doble juramento: juramento de fidelidad al Papa y juramento de observar ciertas constituciones apostólicas cuyo texto les fué entregado.

Después de haber prestado juramento los carde-

impuso la birreta a los nuevos príncipes de la Iglesia, mientras la capilla de música del Vaticano, bajo la dirección del maestro Perosi, cantaba el *Tu es Petrus* y varios motetes de ritual.

Después el Papa volvió a sus habitaciones con el mismo ceremonial, seguido por todos los obispos y cardenales.

Luego los nuevos purpurados se dirigieron a la Capilla Sixtina, donde se tendieron enteramente en el suelo, delante del altar, mientras el decano del Sacro Colegio recitaba las preces *Super creatos cardinales*.

Terminada esta ceremonia, efectuóse el Consistorio secreto, en el que Su Santidad abrió y cerró la boca de los nuevos cardenales y les señaló su título presbiteral.

Pocos días después, Su Santidad Pío X celebró su cumpleaños, habiendo recibido con este motivo numerosísimos telegramas de felicitación, entre los que figuraban, en primer término, los del Rey de España y de los emperadores de Alemania y Austria Hungría.

En audiencia colectiva recibió al



Los nuevos cardenales prestando el juramento en la capilla Sixtina

(De fotografía de Cav. G. Felice, remitida por Carlos Trampus.)

nales, el Papa, conducido en la silla gestatoria y acompañado de un brillante cortejo, entró en la sala de las Beatificaciones y sentándose en el trono

Cuerpo Diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, a los cardenales y sacerdotes del Vaticano y al personal militar.

BARCELONA

FIESTA DE CARIDAD
ORGANIZADA POR EL ROPERO
DEL ROSARIO



La niña Carmen Camps, que representó el papel de alcalde en la obra «Gulliver en Lilibut».



Grupo de niños que tomaron parte en la representación de «Gulliver en Lilibut»
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Hermosa fué la fiesta que hace pocos días se celebró en el local del Polo Jockey Club y que fué organizada por el Ropero del Rosario a beneficio de los caritativos fines a que tan

loable institución atiende. Numerosa y distinguida concurrencia llenaba los palcos y las tribunas, en los que predominaban elegantes damas y señoritas, y no es exageración afirmar que en aquel público distinguido hallábase representada la más alta sociedad barcelonesa.

Bellísimas señoritas ataviadas con la mayor elegancia vendían flores, pañuelos y abanicos pintados por notables artistas y otras presidían la tómbola en que se sorteaban abanicos con autógrafos de los más reputados escritores, obteniendo todas ellas considerables colectas.

El número principal de la fiesta fué la representación al aire libre de una adaptación de *Gulliver en Lilibut*, desempeñada por el conocido actor Sr. Santpere y por numerosos niños y niñas de las principales familias barcelonesas, que vestían ricos y elegantes trajes. Todas las escenas fueron muy aplaudidas, especialmente el coro de doctores, el minué que bailaron con gracia y donaire extraordinarios algunas diminutas parejas, el baile y la apoteosis final.

El director artístico de la representación, D. Alejandro Soler, fué muy felicitado así por el buen gusto demostrado en el dibujo de los figurines como por el acierto con que puso en escena la graciosa obra representada.

El éxito de la fiesta ha sido grande bajo todos conceptos y por ello merecen muchas enhorabuenas sus organizadoras, las señoras y señoritas que componen la Junta directiva del Ropero del Rosario, que tanto se desviven por allegar fondos con que acudir en auxilio de los menesterosos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

COMPENDIO DE GRAMÁTICA CASTELLANA, por Primitivo Sanmartí. — La índole de esta sección no nos permite ocuparnos con la detención que se merece en este libro, en el que se hallan expuestas con método y claridad insuperables todas las reglas gramaticales de la lengua castellana, con abundancia de observaciones, explicaciones y ejemplos que facilitan extraordinariamente la comprensión de las reglas citadas. La sola consideración de que la edición publicada ahora es la décimosexta, es, aparte de lo que dejamos indicado, la mejor recomendación que podemos hacer del libro que reúne todas las condiciones necesarias en una obra didáctica. Un tomo de 482 páginas, impreso en Barcelona por la Imprenta y Librería Editorial Barcelonesa; precio, 6 pesetas.

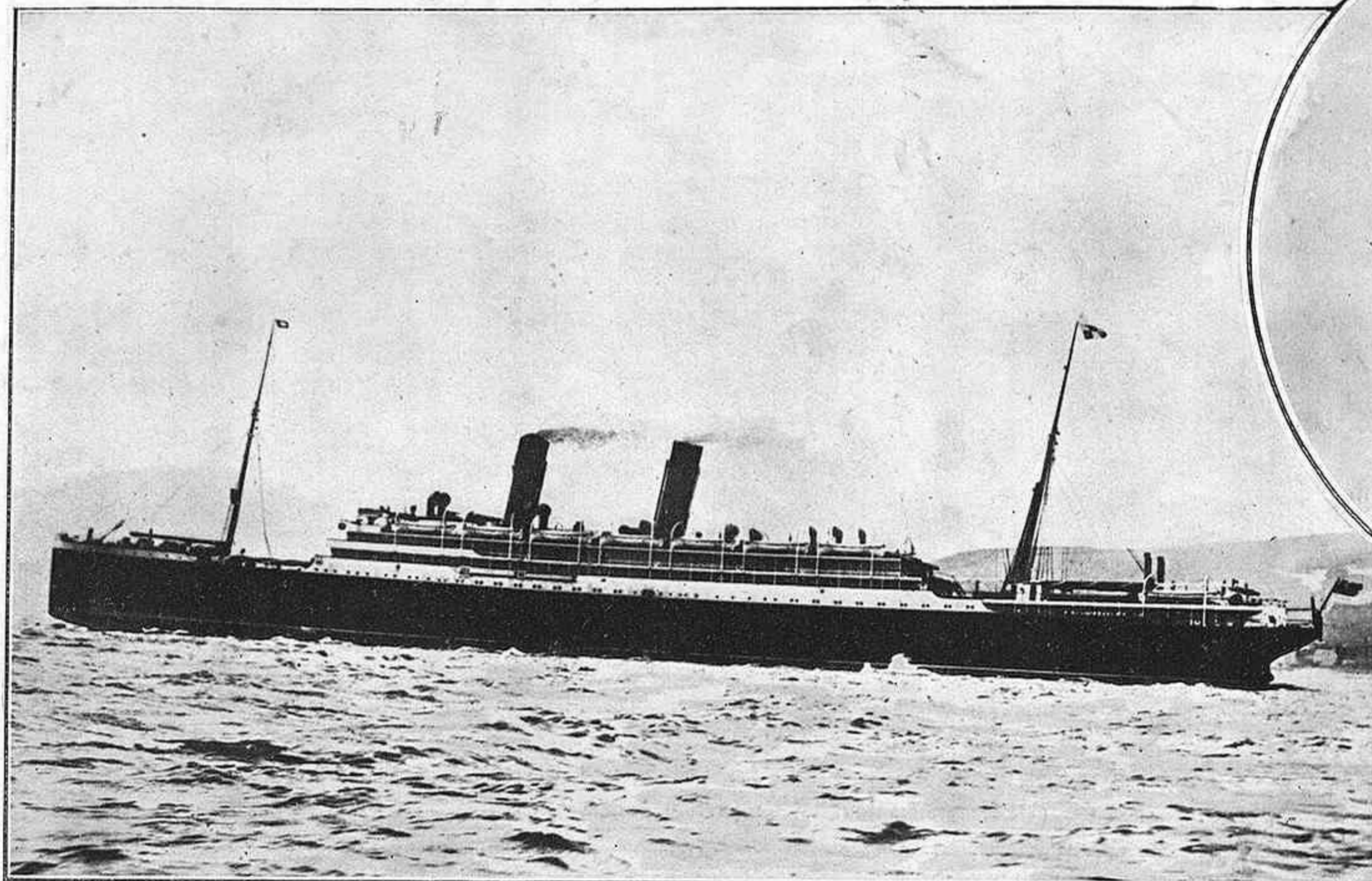
MANUAL PRÁCTICO DE FARMACIA, por el Dr. P. E. Alessandrí, traducido de la 4.ª edición italiana por el Dr. José López Capleón. — Esta obra del sabio profesor de Bromatología y Química farmacéutica de la Real Universidad de Pavía, tiene un carácter práctico y es tan completa, que tiene para el farmacéutico todo el valor de una biblioteca. En él se hallan las fórmulas empleadas de las farmacopeas, el modo de prepararlas y de ensayarlas, los procedimientos para descubrir el grado de pureza de una droga medicinal, el método de obtención de los distintos productos farmacéuticos y sus usos e incompatibilidades; la manera de recolectar, conservar y utilizar las plantas y los animales aplicables en Farmacia, las manipulaciones de laboratorio, la desinfección, la posología de los medicamentos, la toxicología práctica y los socorros de urgencia, el gobierno de la farmacia, etc. Es un libro utilísimo a farmacéuticos, médicos, droguistas, químicos y a cuantos han de manejar sustancias que tengan aplicaciones medicinales, y para su mejor manejo lleva un índice alfabético con más de 6.000 nombres. Un tomo de 646 páginas con 109 grabados y 185 tablas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, en tela, 20 pesetas.

Lo mejor para el pelo,
PETRÓLEO GAL

Ehrmann.

EL NAUFRAGIO DEL TRANSATLÁNTICO «EMPRESS OF IRELAND»

(Fotografías de Carlos Delius.)



El transatlántico «Empress of Ireland», que fué echado a pique cerca de la desembocadura del río San Lorenzo, ocasionando su naufragio 964 víctimas



El capitán del «Empress of Ireland» G. H. Kendall, que pudo salvarse del naufragio

Una nueva catástrofe hay que registrar en los anales de los accidentes marítimos análoga a la del *Titanic*, que tan gran sensación causó en el mundo entero. Uno de esos buques gigantes, verdaderas ciudades flotantes que parecen capaces de desafiar todos los peligros, se ha ido a pique en pocos minutos, ocasionando su naufragio centenares de víctimas.

El *Empress of Ireland*, que es el buque a que nos referimos, era uno de los más hermosos barcos de la compañía «Canadian Pacific» y había sido construido en 1906 en Glasgow; tenía dos hélices, media ciento sesenta y cinco metros de manga, desplazaba 14.191 toneladas, desarrollaba 18.000 caballos de fuerza y no se había omitido en él nada de cuanto pudiera hacerle un vapor no solamente cómodo y lujoso bajo todos conceptos, sino también y muy principalmente sólido y rápido. Efectuaba la travesía de Liverpool a Quebec en seis días, estaba dotado de los más modernos perfeccionamientos y poseía una instalación de señales submarinas. Podía transportar 350 pasajeros de primera clase, 350 de segunda y 1.000 de tercera y llevaba 413 tripulantes.

El día 28 de mayo último, a las cuatro y veinte de la tarde, había salido de Quebec, con rumbo a Inglaterra, y descendía por el río San Lorenzo, llevando a bordo 954 pasajeros. A las tres de la madrugada del 29, la estación radiotelegráfica de Father-

Point, instalada en el estuario del citado río, transmitía a la estación central de Quebec un mensaje anunciando que el *Empress of Ireland* se encontraba en situación desesperada; el mismo despacho había recibido el *Eureka*, buque del gobierno canadiense que hace el servicio fluvial, y aunque había contestado inmediatamente, no había obtenido ninguna otra respuesta del *Empress of Ireland*.

El *Eureka* y otro vapor, el *Lady Evelyn*, acudieron inmediatamente en auxilio del transatlántico y supieron que delante de Rimouski, pequeña población de 3.000 habitantes, situada en la orilla Sur del bajo San Lorenzo, a 265 kilómetros de Quebec, el *Empress of Ireland* que navegaba en medio de una densa niebla, había sido embestido, a las dos menos cuarto de la madrugada, por un vapor carbonero, el *Storstad*. El choque había sido terrible y la proa del carbonero había penetrado casi en el centro de babor del transatlántico, abriéndole un boquete espantoso y dando entrada a una enorme vía de agua que, en pocos minutos, había hundido al *Empress of Ireland*, sin dar tiempo casi a organizar los trabajos de salvamento.

El *Eureka* y el *Lady Evelyn*, al llegar al sitio de la catástrofe se encontraron con un espectáculo análogo al que presenciaron los vapores que acudieron en auxilio del *Titanic*: por todos lados se veían ma-

deros flotantes y entre ellos algunas chalupas, en una de las cuales había sido recogido el capitán del transatlántico, Mr. G. H. Kendall. Éste permaneció en la pasarela dando las órdenes oportunas para aminorar los efectos de la catástrofe; llevaba puesto el cinturón salvavidas, pero se lo dió a un pasajero que carecía de él, y en el instante de hundirse el buque se arrojó al mar, siendo a poco salvado por una de las chalupas.

A la hora en que se produjo el accidente, todos los pasajeros estaban acostados; esta circunstancia y la de que el *Empress of Ireland* se inclinó, apenas ocurrido el choque, de tal manera, que todas las lanchas de salvamento de un costado quedaron inutilizadas, fueron causa de que el número de víctimas haya sido tan considerable.

De las explicaciones dadas por el capitán Kendall parece resultar que éste procedió con todas las precauciones necesarias para evitar la colisión y que una vez ocurrida ésta, sus efectos habrían sido menos terribles si el capitán del *Storstad* hubiese mantenido su buque clavado, por decirlo así, en el boquete abierto, impidiendo de este modo que el agua entrase con tanta rapidez y en tanta cantidad en el transatlántico. A esto contesta el capitán del buque carbonero, Mr. Anderssen, que, a su vez, hizo cuanto debía para evitar el choque y que si retiró su barco después de haberse producido aquél, fué porque, de no haber procedido así, el *Storstad* se habría ido también a pique arrastrado por el *Empress of Ireland*.

Según los datos que parecen definitivos, el número de víctimas asciende a 753 pasajeros y 211 tripulantes, total, 964, y el de salvados, 201 pasajeros y 202 tripulantes, total, 403. Entre las primeras figuran el actor L. Irving, hijo del famoso actor E. Irving, y su esposa y 120 individuos del Ejército de Salvación.

ZÜRICH GRAN HOTEL VICTORIA
Bahnhofsplatz
Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Propr. A. Kummer-Wenger.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

ENFERMEDADES

URINARIAS, DIABETES, ALBUMINURIA, RINONES, VEJIGA, MATRIZ, OVARIOS, MALES SECRETOS, IMPOTENCIA, TOS, BRONQUITIS, HEMORROIDES.

Si padecéis una de esas enfermedades, pedid inmediatamente, indicando vuestra enfermedad, al Dr. Damman, rue Trône, 76, Bruselas, (Bélgica), o a la farmacia de J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, uno de los folletos número 29, y tendréis el medio de curaros en seguida completamente mediante nuevos extractos de plantas aunque vuestra enfermedad sea antigua y calificada de incurable.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN